

SANTIAGO CANCLINI

PABLO BESSON

UN HERALDO DE LA
LIBERTAD CRISTIANA

JUNTA DE PUBLICACIONES
DE LA
CONVENCION EVANGELICA BAUTISTA
BUENOS AIRES



BX
6495
1246

Digitized by the Internet Archive
in 2014

PABLO BESSON

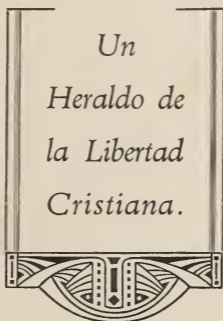
UN HERALDO DE LA LIBERTAD CRISTIANA

*Queda hecho el depósito que
establecen las leyes 7092 y 9510.*

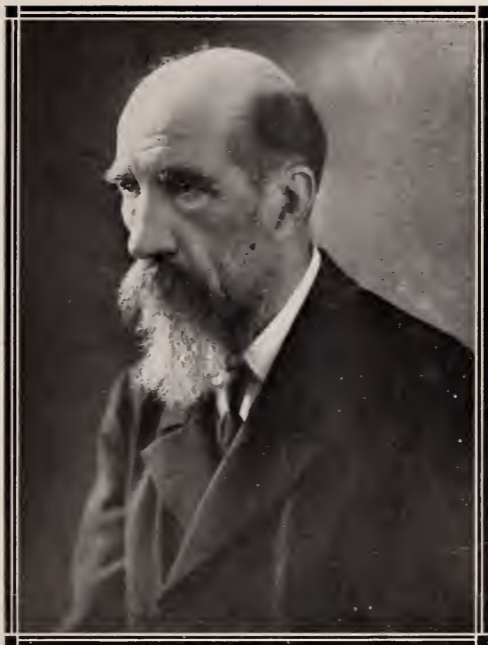
IMPRESA LÓPEZ - PERÚ 666, BUENOS AIRES

SANTIAGO CANCLINI

PABLO BESSON



JUNTA DE PUBLICACIONES
DE LA
CONVENCION EVANGELICA BAUTISTA
BUENOS AIRES



Pablo Besson a los 70 años.

PROLOGO

EL estudio de la vida de un hombre que ha sido útil a la sociedad y a la causa de la fe, además de tener la importancia que hay en la observación de toda experiencia humana para aprender las lecciones que de ella se desprendan, posee el mérito de mostrarnos lo que es posible ser y hacer cuando Cristo ha sido entronizado en el corazón y se le permite dirigir desde allí cada paso del camino a recorrer.

En este caso, la biografía trazada es al mismo tiempo, en cierto modo, la historia de los comienzos de una de las fases de la obra evangélica en las Repúblicas del Plata. Desde este punto de vista, quizá, pudiera parecer a algunos lectores que nos hemos mantenido demasiado dentro de cierto marco, pero es necesario reconocer que ello ha surgido inevitablemente de la necesidad de ser fieles a los hechos y a las ideas del señor Besson.

Estamos convencidos, por otra parte, de que las vidas de unos cuantos adalides con que ha contado la causa evangélica en estos países, entre los cuales colocamos a nuestro personaje, deben considerarse como patrimonio general, tanto por la obra realizada por ellos, cuanto por su influencia bienhechora sobre el ambiente en que actuaron. Evocamos con admiración los nombres de ese puñado de precursores que, por haber sido grandes y sinceros, nos hacen pensar en el común Señor y Salvador que con su gracia los animó y sostuvo.

Si la lectura de esta obra sirviera para despertar en algunos interés hacia los problemas espirituales, para confirmar en su experiencia religiosa a otros y, sobre todo, para inspirar en la juventud evangélica un mayor deseo de ser útil a la sociedad viviendo más consagradamente, daremos la honra a Aquel a quien le corresponde.

EL AUTOR.

Buenos Aires, noviembre de 1933.

DIGNO HIJO DE TALES PADRES

DIGNO HIJO DE TALES PADRES



AMBOS eran justos delante de Dios, andando sin reprensión en todos los mandamientos y estatutos del Señor".

Tales son las palabras laudatorias que el médico y evangelista Lucas escribió acerca de los padres de Juan Bautista, aquel valiente varón que apareció en las orillas del Jordán anunciando el advenimiento de una nueva época para la humanidad con la llegada del Deseado de las gentes. Tal es también el concepto que podríamos expresar para describir la vida familiar de dos jóvenes esposos, Eduardo Besson y Elisa Revel, que formaron su hogar en Neuchatel, cantón celeberrimo entre todos los cantones de la libre Suiza. Y si honra y corona de Zacarías y Elisabet fué el Bautista, no menos digno de la piedad y cultura de sus progenitores fué Pablo Besson, único hijo varón de tan selecta pareja.

Eduardo Besson, neuchateliense, estudió medicina en la Universidad de Basilea. Dispuesto a ser útil a su pueblo adquirió los conocimientos necesarios para aliviar los males físicos por los medios que la ciencia médica le proporcionaba, pero hombre de fe y de convicciones religiosas personales y consecuentes, creyó que su misión

era también procurar la salud espiritual de sus conciudadanos y, por eso, al mismo tiempo que aprendía en los laboratorios, cursaba teología en la misma Universidad. Contó entre sus profesores a los sabios de Wette y Vinet; hombres éstos que nos interesan, especialmente el último, no solamente por la influencia que puedan haber ejercido sobre él, e indirectamente sobre su hijo, sino también por la orientación dada al pensamiento filosófico y religioso en que se formó intelectual y espiritualmente Pablo Besson.

Guillermo de Wette fué un crítico y sabio alemán que defendió las verdades bíblicas, haciendo frente a los ataques del racionalismo. Autor de numerosos comentarios, de un Manual de Arqueología Judía y de una notable traducción de la Biblia al alemán, fué "uno de los teólogos más distinguidos de la Alemania moderna y el tipo del crítico imparcial, calmo y exacto", al decir de uno de sus biógrafos. F. Godet llegó a sentir gran admiración por él, habiéndose expresado de esta manera en una de las cartas escritas en su juventud: "De Wette es siempre para mí el punto de partida, precisamente porque de en medio del escepticismo separa con tanta firmeza lo cierto de lo incierto. Tanto por la exégesis, como por la crítica, él es quien en mi preparación me resulta indispensable". (1)

Alejandro Vinet, suizo del cantón de Vaud, ha merecido una estatua levantada en Lausana para honrar su memoria, pero aun sin ella su obra de literato y pensador cristiano perduraría a través del tiempo como uno de los pilares de las

(1) *Frédéric Godet*, por Philippe Godet, pág. 263.

ideas del individualismo espiritual cristiano y de la libertad de conciencia.

Para Vinet lo esencial de la doctrina y experiencia religiosa es la fe, esa fe que pone el alma en contacto real con Jesucristo; esa fe que lleva al renunciamiento de la justicia y méritos propios y empuja hacia el amor al bien; esa fe que es mucho más que una mera creencia y que señala, para quien llega a ejercitarla, el comienzo de una nueva vida. En uno de sus estudios intitulado *Le Regard* — La mirada — dice estas palabras: “Creer es mirar, es una mirada atenta, seria y prolongada, una mirada que mira y nada más: mirada ingenua, mirada de niño, en la cual se pone toda el alma, mirada del alma y no del espíritu, y que no pretende descomponer su objeto, pero sí recibirlo todo entero en el alma por los ojos”. Y ese objeto es Jesús.

Es también Vinet el defensor de la conciencia moral, pero es sobre todo por sus ideas sobre la libertad religiosa y por ende la separación de la Iglesia y el Estado, que será admirado. Su monumental obra *Essai sur la manifestation de convictions religieuses* es sin duda su mayor contribución al pensamiento moderno. “Se nace ciudadano y se llega a ser cristiano” es el aforismo característico de Vinet. Su respeto por la conciencia individual, que es a sus ojos el elemento esencial de la personalidad humana, hizo de él un adversario de la religión oficializada.

No es de extrañar, pues, que formado al lado de tales maestros, Eduardo Besson, que a sus conocimientos unió una personal experiencia

cristiana, resultara un consagrado predicador del Evangelio.

Durante cincuenta años fué fiel pastor de la Iglesia Reformada en diferentes ciudades de su cantón natal. Hombre de ideas más bien liberales dentro de la fe, de carácter austero y enérgico, pudo realizar una obra proficua.

Un padre de esta talla debía dejar huellas profundas en el carácter de su hijo, huellas de fe, de independencia personal y de empuje hacia la acción constante.

Elisa Revel, su madre, era de origen valdense. Su padre, P. Revel, fué un pedagogo de vasta cultura. Después de haber trabajado como profesor en Holanda se radicó en el cantón de Berna, Suiza, lugar en el que contrajo enlace con una doncella piadosa y culta que fué madre ejemplar de Elisa. Esta, joven aún, y mientras vivía en una pensión de los "Hermanos de Moravia", y bajo su influencia, pasó por una profunda experiencia espiritual que la llevó a la seguridad del perdón de sus pecados por medio de Cristo Jesús.

La unión conyugal de estas dos vidas nobles y cristianas, de Elisa y Eduardo, puso el fundamento de un hogar amoroso y de costumbres rectas y sobrias en el cual nació el 4 de abril de 1848, en la aldea de Nod, cantón de Berna, Suiza, el primer y único hijo varón al cual llamaron Pablo Enrique. Este hijo, objeto de todos los amores y cuidados de aquellos felices padres, es el que motiva la presente biografía. Después nacieron tres hermanas.

La madre hizo sentir desde muy temprano su influencia sobre el carácter de su hijito; siendo



Elisa Revel de Besson



Eduardo Besson

aun pequeño le relataba la historia de sus antepasados, los valdenses, y le leía pasajes del libro *Mis Prisiones*, escrito por Silvio Pellico. Además el conocimiento de las escenas de fe y de heroísmo que tuvieron por campo los valles del Piamonte hacía que el niño aprendiera a admirar la fidelidad de aquellos que tanto sufrieron a causa de las persecuciones del catolicismo, y despertó, quizá desde entonces en él, ese afán de luchar contra las falsas doctrinas de la iglesia apóstata que torció las verdades cristianas y diezmó a sangre y fuego a aquellos que las conservaban y practicaban.

Los primeros años de su infancia los vivió de esa manera en un ambiente piadoso, pero de severa disciplina y todo ello dentro del estupendo marco privilegiado de la naturaleza de aquellas regiones. Las escarpadas y abruptas rocas, los montes con sus árboles de levantadas copas, la nieve en los elevados picos; ese panorama, en fin, nunca suficientemente admirado de la Suiza, contribuyó a formar el niño física y moralmente entero. Piedad, estudio, ejercicio y trabajo se unieron en su primera educación para dar como resultante un carácter enérgico y un espíritu libre.

A la edad de seis años, y sobre las rodillas de su padre, aprendió a leer en *Le Jura*, el único periódico de Porrentuy, que se publicaba semanalmente. Fué inscripto en la escuela común de Nod, al pie del monte Chasseral; las clases se dictaban desde las ocho de la mañana hasta las once y desde la una hasta las cuatro de la tarde.

Durante el invierno, a la salida del colegio, cada niño armado de su trineo se divertía desli-

zándose sobre la sábana de nieve. En los meses de verano había que comenzar las tareas a las cinco de la mañana, cortando pasto, alimentando los animales, atrapando y montando a pelo los caballos — cosa que proporcionaba un placer especial a Pablito — en los campos de pastoreo comunal. Estos trabajos, conjuntamente con la equitación, eran los mejores ejercicios físicos para mantener el vigor del cuerpo y para despejar la mente para las actividades escolares.

A los numerosos deberes escritos que debían realizarse en la casa se agregaba la recitación de memoria de las lecciones del día sobre diferentes tópicos.

Besson cuenta que “produjo toda una revolución en la escuela la introducción de la pluma de acero, porque antes era necesario, a cada uno, cortar la pluma de ganso para la escritura de la letra redonda, gótica y bastardilla”. ¡Quien haya visto y tenido que leer sus manuscritos se sentiría tentado a pensar que nunca se adaptó a la pluma de acero!

Acerca del severo régimen disciplinario que se aplicaba por aquel entonces, citemos la descripción hecha por el propio Besson en uno de sus artículos del *Courrier Suisse* de Buenos Aires:

“Para mantener la disciplina escolar no se había desarmado al Regente, prohibiéndole los castigos corporales que Salomón en sus Proverbios juzgaba necesarios para la corrección del niño. Además de la férula, la vara de avellano, y la penitencia de rodillas sobre el reborde del pupitre, el calabozo era el castigo más frecuente,

acompañado de la fórmula recibida: Te quedas sin comer”.

No era Pablo de los que pudieron escapar siempre de merecer estos castigos; más de una vez uno de sus compañeros, hijo del inspector de escuelas de Berna, acudía a su socorro, en las horas de ayuno forzoso, llevándole furtivamente algún pedazo de pan y de queso.

“Aunque eran tan severos, los regentes, como asimismo los padres, eran respetados, porque eran justos y no hacían favoritismos. Ese antiguo régimen escolar parecía un yugo intolerable a los niños mimados, pero yo bendigo a Dios y a los padres de la patria Suiza por haber estado en sujeción”.

Fuera de las horas de clase, su padre, más severo que el regente, le daba, desde los siete años de edad, lecciones de latín, de griego y de álgebra; lecciones que algunas veces eran acompañadas “con cachetadas para sacudir la torpeza mental de un niño muy limitado”.

Bajo este sistema educacional, el hijo del pastor de Nod se distinguió por su inteligencia, alcanzando las más altas calificaciones. Su carácter, por otra parte, iba formándose íntegro y listo para la lucha, para el trabajo.

Cuando comparamos aquellos métodos pedagógicos con los progresos alcanzados en la actualidad, medimos la grande distancia que nos separa y creemos que valió la pena haber andado tan largo camino para llegar adonde estamos. Sin embargo, cuando comparamos los resultados, en lo que atañe a la integridad del carácter, al espíritu de trabajo, de lucha, y a la disciplina mental

de muchos hombres salidos de aquellas escuelas, cuando los comparamos, decimos, con los resultados tan poco satisfactorios en muchos de nuestros educandos, nos sentimos tentados a repetir el juicio severo que cierto autor pronunció en contra de los sistemas ultramodernos de educación; sistemas en que, enseñando sin exigir mayor dedicación al alumno, jugando casi, se le hace tan fácil el aprendizaje que sale de la escuela sin haber pasado por la dura prueba que proporciona el esfuerzo propio. ¡Y eso si no es, que por haberse ensayado durante sus cursos, y a sus expensas, diez distintos métodos de enseñanza, no sale intelectual y moralmente maltrecho y desorientado cual conejito de la India que ha pasado lo indecible sobre la mesa de experimentación de un laboratorio de fisiología!

A la edad de siete años el niño Pablo cayó en cama; a pesar de todos los recursos de que se echó mano y del cuidado solícito de su cristiana madre, la enfermedad se agravó a tal punto que sus progenitores temieron seriamente por su vida.

Aunque constantemente las rodillas de aquel piadoso matrimonio se doblaban delante de Dios para implorar el favor divino, en cierto momento angustioso, el padre tomó al niño en sus brazos y pidió a Dios tuviera misericordia de ellos y sanara al único hijo varón que les había concedido. Prometió ante el trono de la gracia, hacer todo lo que de su parte estuviera para consagrarlo a su servicio. ¡Dios oyó aquella ferviente oración! Al llegar a su juventud el relato de este episodio, hecho con labios temblorosos por sus padres, influyó en Pablo a favor de su resolución de dedicarse al ministerio pastoral.

**LA MAS ANTIGUA DEMOCRACIA
EUROPEA**

LA MAS ANTIGUA DEMOCRACIA EUROPEA



NACIDO, podría decirse accidentalmente, en Nod, Besson era neuchateliense de origen, como habría de serlo por su carácter y por su educación. No es ciertamente la nacionalidad legal lo que más importa cuando se trata de conocer a un hombre, aunque así y todo, Besson perteneció a Neuchatel por regir en Suiza para determinar la nacionalidad, no el principio geográfico sino el racial.

Si ha de haber diferencia, por otra parte, en la formación del carácter, entre nacer aquí o allí, no lo será por el color de la bandera o el compás del himno patrio, sino por las condiciones físicas, morales, religiosas e intelectuales del ambiente, que tanto influyen en el desarrollo de la personalidad. En ese sentido, nuestro hombre, se vió rodeado de un conjunto de circunstancias privilegiadas.

Actualmente, Neuchatel es uno de los veinte y dos cantones que componen la Confederación Helvética. A pesar de haber sido gobernado por príncipes de distintas casas reales europeas hasta 1848, fecha en que una revolución rompió los lazos que lo unían a la casa de Prusia y fué pro-

clamada la República y Cantón de Neuchatel, libre, gozó siempre de independendencia en el manejo de sus asuntos, a tal punto que ha podido decirse que "ha sido un estado independiente desde el siglo XI, tratando de igual a igual con las potencias que le rodean; viviendo su vida propia, fué a pesar de su pequeñez, un foco de vida intelectual y religiosa y ha visto producirse en su seno, en forma reducida, pero siempre original, los movimientos que han agitado a los grandes estados". (1)

Ocupa en la historia, y especialmente en la historia de la Iglesia, un lugar mucho más grande que el que la exigüidad de su territorio — no más de diez millas de largo por cuatro o cinco de ancho — podría hacer suponer.

Ferdinand Buisson, el padre de la educación común laica en Francia, recordando su estada en Neuchatel como proscrito de su tierra, justamente en los años en que Besson realizaba sus estudios y era su alumno, rindió a ese país el homenaje de su admiración cuando dijo en uno de sus discursos:

"La resurrección de la República de Francia no era sino cuestión de tiempo; se hacía necesario prepararse para vivir. Y ¿cómo prepararse mejor que viniendo a hacer el aprendizaje de la vida republicana en la más antigua democracia de Europa? Para la República Francesa renaciente, la educación sería la primera de todas las reformas: ¿dónde podría mejor que en Suiza buscar inspiración y recoger los principios y los mé-

(1) *Neuchatel*, H. Dubois.



Pablo Besson a los 16 años

todos?... Es así que me instalé en Neuchatel como estudiante al mismo tiempo que profesor. Observar una democracia viva, en acción, y apoderarse de su alma en la escuela, porque tanto vale la escuela cuanto vale la nación; notar, en fin, los grandes planes que un día procuraríamos reproducir entre nosotros, no por copia servil, pero por el influjo de las mismas fuerzas de libertad y de la razón: tal fué desde el primer día mi preocupación constante". (1)

En esa democracia real se formó Besson. La cultura propia y su independencia han hecho de los hombres de esa región un tipo con características particulares. Uno de sus historiadores, M. F. Chambier, los ha descrito diciendo que: "Todos los neuchatelienses han respirado el aire puro y vivo del Jura y su espíritu está abierto a la comprensión de todas las cosas. Fáciles de persuadir por razones revestidas de formas benevolentes, no soportan la menor injusticia. Aunque saben distinguir y gustar lo que es bueno en las cosas nuevas, se mantienen con firmeza en sus costumbres y tradiciones antiguas, compenetrados siempre de la idea y del sentimiento del derecho".

¿Cómo no ver en esta apreciación un retrato de la personalidad de Besson? Casi palabra por palabra podría aplicársele, sobre todo si se la unge con el espíritu cristiano. ¡Fué un suizo y un neuchateliense típico y digno de su tierra!

Neuchatel es protestante desde el año 1529, fecha en que un hombre sin apariencia física, pe-

(1) *Souvenirs*, 1866-1916, pág. 11.

ro cuya inflamada y brillante palabra sacudió el yugo de Roma papal, de la superstición y del pecado; ese hombre fué Guillermo Farel.

El día 23 de octubre de 1530 Farel predicó un fogoso sermón que fué motivo de un grande despertamiento. Congregado el pueblo en el templo — del cual había destruido los altares y las imágenes — clamó en coro: “Queremos seguir la religión evangélica, nosotros y nuestros hijos; queremos vivir y morir por ella”. Y los siglos han confirmado la realización de aquella resolución.

La votación popular dió mayoría a los reformados y desde entonces ese fué el culto público, pese a la catolicidad del gobernador Georges de la Rive. El condado de Neuchatel es el único que adoptó la Reforma a pesar de sus príncipes que, por intervalo de siglos, lo fueron católicos.

Ejemplo del espíritu de independencia de la Iglesia Reformada de esa comarca es lo que sucedió con una confesión de fe, editada para terminar con las discusiones teológicas en 1675 y llamada *Consensus Helveticus*. La Iglesia de Neuchatel solamente, entre todas las iglesias de Suiza, la rechazó. Esa Iglesia nunca ha tenido una confesión de fe.

La *clase*, o sea la *Compañía de Pastores*, gobernó la Iglesia hasta 1848, año en que fué sustituida por el Sínodo; lo hizo siempre manteniendo a través del tiempo la pureza de la doctrina, la unidad de la fe y la reputación de un cuerpo eclesiástico sobrio y extremadamente culto.

El despertamiento religioso que tuvo lugar en las primeras décadas del siglo pasado en las igle-

sias protestantes de los diversos países se hizo también sentir en dicho cantón. Aunque la Compañía de Pastores resistió oficialmente ese movimiento, no pudo impedir que el espíritu nuevo se manifestara por medio de algunos grandes hombres, cuya herencia espiritual recogieron y aumentaron insignes maestros que actuaron en el escenario neuchateliense en el tiempo en que Pablo Besson estudiaba y libraba los primeros combates de su juventud. Queremos referirnos especialmente a Bovet, Secrétan y Godet.

Luego de cursar los estudios intermediarios, el futuro pastor ingresó a la ya célebre Facultad de Teología, en la cual se distinguió de manera particular por la agudeza y penetración de su inteligencia. Los certificados de estudios testifican de su capacidad, pues, en todos los casos en cada año se hace constar como calificación un *très satisfaisant* bien ganado. Dió el último examen el 24 de junio de 1868.

Sin embargo, lo que más interesa para conocer el proceso de la formación intelectual y religiosa de un joven no son ciertamente las calificaciones obtenidas sino más bien las huellas que pueden haber quedado en su carácter y su capacidad de asimilar y llevar a la práctica los ideales y ejemplos de los hombres con los cuales aprendió.

Bien, las ideas sostenidas en clase, los escritos y, más que todo, las actitudes asumidas frente a los problemas vitales por algunos profesores influyeron tanto en Besson que hay en este caso motivo para justificar la ya vulgar afirmación de que de "tales maestros, tales discípulos". Cono-

ciendo a los primeros nos damos mejor cuenta de las características de los segundos.

Félix Bovet, hombre de letras, autor de varias obras de peso y defensor de la fe evangélica, amén de ser miembro de varias academias y universidades como premio a sus trabajos lingüísticos, fué su profesor de lenguas. Al lado de este maestro aprendió a dominar los idiomas bíblicos, el hebreo y el griego, cuyo conocimiento tan útil le fué durante su ministerio en la interpretación y traducción de las Escrituras.

A Carlos Secrétan se le ha comparado con su amigo Vinet debido a su tendencia filosófica. Pensador profundo, indicó el camino por el cual una filosofía cristiana puede encontrar la conciliación de las grandes nociones de la razón con las ideas morales y sobrenaturales del Evangelio.

En la ciencia aprendida de los labios y de los escritos de Secrétan, tenemos una buena explicación de la fuerza argumentativa aplastante con que Besson luchó en contra de la incredulidad y del materialismo.

Ya anciano, cuando se había desprendido de casi la totalidad de su biblioteca nos entregó un tomo diciendo: "Este libro que le regalo es uno de los que más he apreciado, el que más útil me ha sido". ¡Era una obra escrita por Secrétan sobre temas apologeticos!

De este profesor se ha dicho que era "pensador original y siempre profundo, capaz de vastas síntesis, recuerda en ciertos sentidos a Boehmer, Kant, Shelling y Baader. Podría decirse que revivió y rejuveneció el ascendiente de la filosofía normanda". (1)

(1) *Encyclopédie des Sciences Religieuses*, t. XIII, pág. 489.

Sus conceptos no fueron en toda ocasión comprendidos por sus jóvenes alumnos. Cierta vez, estando en clase dijo a Besson:

—Usted es el único alumno que me ha entendido . . . pero me ha entendido mal.

Fué en la cátedra de este filósofo que aprendió a hacer la distinción entre la libertad de Dios y nuestra propia libertad, asunto tan complejo éste y unilateralmente resuelto por algunos al afirmar únicamente la completa soberanía del Todopoderoso.

“Dios, ser libre — dice Secrétan, — creó al hombre a su imagen. Dios todo lo puede menos hacer *querer* al hombre, porque la voluntad es impenetrable como los cuerpos. El impío tiene razón al decir: “El Dios que me hizo no lo puede todo, no puede hacerme *querer*, ¿lo pretenderá? No lo sé, pero si lo tentara no lo podría porque me forzaría a querer, eliminaría la identidad de mi ser: ya no hubiera sido yo el que hubiese querido”.

“Pero la criatura no ha recibido la voluntad para usarla de esta manera. En vano la criatura quiere alejarse de Dios y hacer como si no existiera; las consecuencias de esa separación son fatales . . . El ser de la criatura depende de la voluntad de Dios. No es a Dios que la criatura niega, ni que va a destruir en su blasfemia impotente, es a él mismo; es un esfuerzo para llegar al vacío, un suicidio eterno; tal sería su existencia, tal sería el destino que el Amor no quiere repararle”.

“El punto de unión es el amor. Es necesario que el hombre se distinga de Dios, afirme su personalidad y que ame a Dios. En el amor no hay

diferencia entre los dos términos sujeto y objeto del amor. Dios dice en la Escritura: Sé libre, tú lo puedes. Pero él una vez libre es también inteligente, porque la libertad no se concibe sin la inteligencia, que es su reflejo. El conoce, mejor todavía, siente instintivamente, cual es su relación con Dios y responde: Sí Señor, soy libre y quiero serlo, pero para amarte y para servirte" (1)

En la portada de un libro regalado a uno de sus amigos por *Pablo Besson* se encuentra la siguiente dedicatoria firmada por él: *El humilde discípulo de un gran Maestro*. El libro es la biografía de Federico Godet, publicada en 1913.

Difícilmente podría amarse a un profesor más de lo que amó a Godet. Motivos tenía para ello; más que profesor, fué maestro y más que maestro, padre espiritual.

Federico Godet es el príncipe de los comentaristas del Nuevo Testamento. Realizó una obra científica de crítica, revisando la exégesis bíblica y llegando a ocupar un lugar prominente entre los eruditos. Además de muchas otras obras, los comentarios sobre Lucas, Romanos, y Corintios, pero sobre todo la monumental obra sobre el Evangelio según San Juan, han hecho de él el sabio universalmente reconocido y obligatoriamente citado por los que se precian de conocer las Escrituras.

La enorme influencia que ejerció sobre Besson, como sobre sus condiscípulos, se debe esencialmente a que en sus disertaciones y trabajos teo-

(1) *La Philosophie de la Liberté*, t. II, pág. 484.



Carlos Secrétan



Federico Godet



Félix Bovet

lógicos, en lugar de la fría objetividad de crítico indiferente se encuentra el corazón caluroso de un cristiano que posee una fe ferviente. El influjo de su personalidad se hacía sentir fuertemente sobre sus alumnos.

Veamos, como ejemplo, el testimonio de uno de sus ex discípulos, Charles Porret, profesor de la Facultad de Lausana. Hablando de sus clases dice:

“Los argumentos favorables a su tesis parecían acudir de todos los puntos del horizonte y ofrecérsele para la demostración; tan radiante era la claridad de la cual estaba rodeado. Uno se sentía ganado, subyugado por esa luz que se difundía por todas partes. Su intuición se imponía en nosotros, y bajo el encanto de esa creación, que venía a nuestros ojos, nos entregábamos sin resistencia”.

“Aquellas fueron horas benditas, cuyos efectos duran para toda la vida. He ahí el secreto de la acción poderosa de nuestro antiguo maestro y del agradecimiento con el cual sus alumnos quedaban de él prendados. Era un despertador de las almas, un iniciador, un educador en el más alto sentido de la palabra... por eso aquellos que han sentido su influencia no dudarían en conferirle el derecho de una paternidad espiritual; se consideran, en gran medida como sus hijos en la vida de la fe”. (1)

Esto es exactamente lo que pensaba Besson de aquel gran hombre y, en prueba de ello, he aquí su testimonio consignado en una carta que en-

(1) *Frédéric Godet*, por *Philippe Godet*, pág. 352.

vió a su profesor desde Buenos Aires cuando cumplió ochenta años de edad, el 25 de octubre de 1892, y que tomamos de la biografía citada:

“Si he tenido muchos maestros, no he tenido en cambio, sino un padre, el que me ha engendrado en Cristo Jesús. Cuando usted deseaba, viendo mi fariseísmo, quebrar mi orgullo, hacer pedazos mi propia justicia, y llevarme a Jesucristo usted no buscaba agradar a los hombres. Cuando, en la crisis eclesiástica usted nos precedía como Moisés a la salida de la casa de servidumbre, nosotros no tuvimos sino que seguirle al desierto...” (1)

Y si quisiéramos citar otras palabras para comprender cómo obraba sobre sus discípulos, recordaríamos algo de lo dicho al borde de su sepulcro por el pastor G. Frommel:

“¡De qué fervor, de qué serio, de qué patético aliento de nuestro ministerio futuro y de la santidad divina no estaba impregnado! ¡Y cómo se le escuchaba con religioso silencio! Era el hombre, el hombre en el fondo último de sus convicciones que se daba, que venía hacia nosotros, trayendo con él, yo no sé qué inteligencia superior a la inteligencia misma, qué fuente de luz, qué demostración del espíritu, por la espada del cual quedábamos bienaventuradamente heridos”. (2)

De muy otro temple era Ferdinand Buisson su profesor de literatura francesa. Entonces joven agresivo, provocó en los pocos años que estuvo en Neuchatel, una recia lucha entre la fe evangélica y el racionalismo que importó de su

(1) Obra citada, pág. 505.

(2) *Gazette de Lausanne*, 31-XI-1900.

patria. Tanto a él, como a sus parciales, llevados de Francia para dar conferencias, les salieron al encuentro Bovet, Godet y otros, y esa lucha habría de servir como preparación excelente para nuestro joven adalid en su formación intelectual, cuyos estudios estaban a punto de terminar en su calidad de estudiante regular.

Godet en una de sus cartas de aquel tiempo, manifestaba sus temores por el efecto que esas doctrinas podrían tener sobre los estudiantes: "Hasta ahora, escribía, no conozco a ninguna persona notable que se haya vuelto hacia el señor Buisson, pero nuestros jóvenes, que se forman actualmente, no serán retenidos por los mismos escrúpulos que sus padres y creo que no hay motivo para cantar victoria. Esta tendencia halaga mucho el orgullo humano para no salir victoriosa — de cierta clase de victoria" (1). Y a pesar de esos temores llegó el día en que los elementos evangélicos entonaron el himno del triunfo.

Besson, por su parte, salió de esa lucha, que presencié de cerca, bien pertrechado en contra de los ataques del racionalismo religioso. Sin embargo supo también asimilar algunos de los buenos principios entonces discutidos, como por ejemplo, el de la enseñanza primaria común laica dada por el Estado, que Buisson defendía y de la cual Besson fué ardiente partidario.

A semejanza del apóstol de su nombre Pablo Besson tuvo el privilegio de una cuna nada común y de una educación erudita, que, como en el

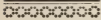
(1) Obra citada, pág. 381.

caso del enviado a los gentiles, Dios habría de utilizar en el resto de su vida para el bien de la mejor de las causas.

Pero aun no había terminado sus estudios y todavía le faltaba aprender la mayor de todas las lecciones del Evangelio. De ello nos ocuparemos en el capítulo siguiente.

LEIPZIG — UN NUEVO BESSON

LEIPZIG — UN NUEVO BESSON



los veinte años de edad llegó a la ciudad de Leipzig llevando una carta de presentación de la Comisión del Sínodo de la Iglesia Reformada de Neuchatel, en la que se leía que: “El señor Besson se ha comportado siempre de una manera digna de la vocación a la cual aspira; la Comisión le autoriza a continuar sus estudios en las universidades alemanas y le recomienda a las autoridades académicas y universitarias”.

Se inscribió como alumno en diversos cursos de la sección teológica de la histórica universidad de esa ciudad, por el término de un año escolar comprendido entre 1868 y 1869.

Era, justamente, el año de mayor gloria y renombre de un sabio profesor, el doctor Lobegott Federico Constantino de Tischendorf, uno de los más ilustres paleógrafos del siglo diez y nueve.

La ocupación casi única y la pasión de su proficua carrera de estudioso fué la restauración científica del texto sagrado por medio del examen de los más antiguos pergaminos escritos. Subvencionado por el gobierno sajón, desde 1840, trabajó durante años realizando investigaciones bibliográficas en las bibliotecas de Fran-

cia, Holanda, Inglaterra, Suiza, Italia y otros lugares de Europa. Cuando creyó terminada su obra en ese continente viajó por el Oriente; por Egipto, Palestina, Siria, etc., estudiando numerosos manuscritos griegos, coptos y siriacos.

Pero fué en el año 1859 y en el convento griego de Santa Catalina, en el monte Sinaí, donde halló en un tercer viaje que efectuó a ese lugar, el objeto supremo de sus investigaciones, es decir, el más antiguo de los manuscritos de las Escrituras, el famoso *Codex Sinaiticus*.

El gobierno sajón recompensó sus trabajos nombrándolo primeramente profesor extraordinario, más tarde profesor honorario y por fin profesor en la universidad de Leipzig, creando para él una cátedra especial de paleografía bíblica. A este curso tuvo el privilegio de asistir el joven neuchateliense que con el objeto de perfeccionar sus estudios había acudido a dicha universidad.

Bajo la dirección de Tischendorf aparecieron no menos de veinte y cinco ediciones del Nuevo Testamento y revisó, además, la traducción al alemán de Lutero.

No es de extrañar que Besson haya adquirido desde luego la pasión por la crítica bíblica que fué una de las ocupaciones predilectas de su larga vida. Sin embargo digamos, de paso, que aunque muchos críticos modernos adoptaron los manuscritos descubiertos por Tischendorf, Besson nunca admitió, en sus trabajos, preferencias para esos escritos de origen alejandrino y luchó en cambio para fundamentar la defensa del Texto Recibido o Antioqueno, que para él representaba



F. Delitzsch



C. de Tischendorf



C. E. Luthardt

el Texto Común del pueblo cristiano de los primeros tiempos.

No fué Besson, evidentemente, el que asimiló sin investigación personal todo lo que le fué puesto por delante, aún cuando se tratara de sus más sabios profesores, sin que ello reste importancia a la influencia sobre él ejercida y cuyo criterio y reglas de interpretación utilizó con eficacia.

Podríamos referirnos al hombre a quien Besson alude en sus escritos como a "mi sabio profesor Delitzsch", con quien cursó hebreo; "espíritu rico en pensamientos originales, siempre afecto al sentido profundo de las cosas", teólogo autor de numerosas obras críticas y cuyo *Comentario sobre el Génesis* es de gran valor. Podríamos agregar, igualmente, el nombre del profesor Brucker, con el cual estudió Teología Bíblica, pero preferimos recordar de manera especial, y en último término, al teólogo Christophe Ernesto Luthardt, más que todo por su decisiva influencia espiritual sobre su alumno.

Dice de este profesor la *Encyclopédie des Sciences Religieuses*: "Más correcto que poderoso, espíritu más bien receptivo que creador, el señor Luthardt es autor de gran número de obras escritas con elegancia". De él, como de buen luterano, Besson aprendió a fundamentar teóricamente la doctrina de la justificación por la fe, con exclusión completa de obras meritorias por parte del hombre; pero, más que en la clara comprensión de la doctrina se gozó desde entonces en la experiencia gloriosa de esa realidad.

Procuremos comprender el proceso de aquella hora memorable de su vida.

Tenía Besson sobrados motivos para sentirse satisfecho de sí mismo. Podía parafrasear las palabras con que Pablo de Tarso se refería a sus méritos propios: "Si alguno parece que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos, cuanto a la ley fariseo, cuanto al celo perseguidor de la iglesia, cuanto a la justicia que es por la ley irreprochable". Además educado "a los pies de Gamaliel, enseñado conforme a la verdad de la ley de la patria". (1)

El, Pablo Enrique Besson, evangélico de evangélicos, hijo de pastor, formado en piadoso y culto hogar, criado en un medio económico de holgada posición; físicamente fuerte y bien apuesto, educado a los pies de profesores cuya fama traspasaba las fronteras; alumno sobresaliente con triunfos sobre triunfos a su haber; cuanto a la Iglesia, de una religiosidad manifiesta, cuanto al celo, dispuesto a llegar a ser conductor de almas, justamente en un país en que ese ministerio era apreciado y honrado por todos, ¿qué le faltaba pues? Nada. El era él.

¿No tenía acaso suficientes méritos personales como para ser admirado y respetado y como para que el Señor le proporcionara un lugar privilegiado entre sus mejores escogidos?

Llegó de esa manera a sentirse satisfecho de sí mismo y hasta orgulloso, con ese orgullo intelectual en que tan fácilmente se cae a los veinte años de edad, cuando se cree que todo se sabe,

(1) Fil. 2: 4-6 y Hech, 22: 3.

con ese orgullo espiritual que hace creer que todo se puede por el propio esfuerzo. Según su expresión estaba hecho “un perfecto fariseo”.

Había en la casa de sus padres una anciana cocinera que le había visto crecer físicamente, pero también en vanidad y que le repetía con admirable constancia:

—A ti te falta algo, a ti te falta algo.

A esas palabras de amorosa reconvención, la humilde mujer agregaba el testimonio de su fe personal, de su confianza perfecta en el Crucificado. El joven con sorna, y no sin cierto desdén, rechazaba aquella pretensión de una cocinera de enseñarle a él. Nada menos a él que tanto había estudiado, y estudiado teología y todo!

—A ti, sin embargo — seguía diciéndole la anciana — te falta algo, te falta todavía lo principal.

Llegó el día cuando hubo de reconocerlo y por esa razón nunca olvidó el testimonio de aquella cristiana fiel que le hizo reflexionar en el momento de la crisis espiritual que Dios terminó victoriosamente.

El teólogo Luthardt llegó al corazón de este joven, haciéndole comprender la gran verdad bíblica de que las obras meritorias, las obras de ley, por buenas que ellas puedan ser, no valen absolutamente nada a los ojos de Dios para nuestra salvación, porque están manchadas por el pecado. “Por cuanto por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de El” (1). Besson aprendió, además, que aquella declaración que afirma que “no hay justo ni aún uno”, (2) le alcanzaba y que a pesar de su religiosidad no era,

(1) (2) Rom. 3:20; Rom. 3:10

al fin y al cabo, más que un miserable y orgulloso pecador delante del Dios tres veces santo.

Se despertó una terrible lucha en su alma. Quiso ser mejor que lo que había sido hasta entonces, pero toda su buena voluntad, sus esfuerzos, chocaban con la impotencia de su ser y se decía: "Tengo el querer mas efectuar el bien no lo alcanzo" (1). Abatido y constreñido llegó a clamar: "¡Miserable hombre de mí! ¿quién me librára del cuerpo de esta muerte?". (2)

Fué entonces cuando en medio de la oscuridad en que su propia justicia le había sumergido, en medio de la responsabilidad sentida por una conciencia despierta a la realidad y gravedad del pecado, fué entonces cuando resplandeció refulgente — una vez para siempre — la gloriosa verdad de que "justificados, pues, *por la fe* tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". (3)

Aprendió, pues, de aquel profesor, que era necesario renunciar delante de Dios, a todo mérito personal y confiar para la salvación sólo y únicamente en la obra redentora realizada por Cristo en la cruz del Calvario. Por cuanto "por gracia sois salvos, por la fe, y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras para que nadie se gloríe". (4)

Real y profundamente arrepentido, aceptó en su corazón, por la fe, a Jesucristo como su único y suficiente Salvador y obtuvo así la seguridad del perdón de sus pecados y, por primera

(1) al (4) Rom. 7:18; Rom. 7:24; Rom. 5:1; Efes. 2:8, 9.

vez, en la vida, se sintió realmente cristiano y feliz.

Un cambio profundo se había operado en él por el poder del Espíritu Santo. Ahora comprendía lo que le había querido expresar la cocinera, lo que le enseñaba su gran maestro Godet, lo que tantas veces había leído y tan sólo en esta ocasión experimentado. En una palabra, Besson se había convertido a Dios, había pasado por la crisis de la regeneración y se sentía diferente, se sentía otro.

Como Pablo de Tarso había sido transformado por Cristo en el camino a Damasco, Pablo de Neuchatel lo fué en Leipzig en aquella oportunidad. Así como el apóstol pudo hacerlo después de aquel encuentro con Jesús, él podía ahora afirmar también, en respuesta a la pregunta "¿quién me librará?": "La ley del espíritu de la vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte". (1)

Como en el primero aquel cambio significó para el segundo, más que una reforma moral, porque tanto para el uno como para el otro la vida era "irreprochable en cuanto a la ley", en el cumplimiento externo de las ceremonias y mandamientos religiosos. Había significado más que la aceptación de principios porque ambos ya los tenían. Había significado más que un desarrollo de fuerzas morales internas porque tanto el judío como el suizo reconocían su total desamparo y flaqueza. Aquella incondicional entrega por la fe a Jesucristo significó el punto de par-

(1) Rom. 8:2

tida de una vida nueva. No se hace más fiel a sus principios sino que comienza a encarnarlos, a vivirlos.

En fin, Pablo fué sustituido en su propia vida por Cristo y lo fué de tal manera que pudo afirmar con el lenguaje de las Escrituras: "Con Cristo estoy crucificado, y vivo, no ya yo, mas vive Cristo en mí: y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (1). Ya no era en sus méritos sino en los méritos del Cristo que confiaba; ya no era su gloria sino la gloria de su Salvador y Maestro que había de procurar durante toda su vida. ¡Qué sublime y divina experiencia! Un nuevo día había empezado en su carrera.

"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron y he aquí todas son hechas nuevas" (2) y de ello él estaba seguro: Dios ya no era solamente "el Dios de sus padres", sino el Padre clemente que le había amado y procurado salvación. Jesús ya no era solamente el Salvador divino a quien gustaba admirar, sino su personal Salvador que había muerto en su lugar y cuya obra anunciaría a los hombres como el único remedio para sus llagas morales y espirituales. Los hombres ya no eran solamente sus semejantes con quienes tendría que enfrentarse en la lucha por la existencia para procurar la victoria del más fuerte, sino que eran sus prójimos a quienes amaba y deseaba servir y ayu-

(1) Gál. 2:20.

(2) 2 Cor. 5:17.

dar. Dios, Jesús, el hombre, el mundo, él mismo, todo había cambiado.

No es de extrañar que jamás Besson haya olvidado aquel día venturoso ni que su predicación predilecta fuera acerca de la necesidad de renunciar a sí mismo para confiar en Cristo.

...Y MANOS A LA OBRA

...Y MANOS A LA OBRA



TERMINADOS los cursos en Leipzig, Besson volvió a Suiza y se inscribió en la Universidad de Basilea, en la cual cursó cinco nuevas materias teológicas y filosóficas, teniendo como profesores a hombres tales como el barón Hermann de Goltz, Riggembach, comentador amigo íntimo de Godet, Hermann de Shultz, autor de numerosas obras, y otros.

Bien preparado intelectual y espiritualmente, regresó a Neuchatel donde, el día 16 de junio de 1870, recibió de la Facultad de Teología el diploma de Licenciado en Teología, luego de haber rendido con éxito un examen general y de serle aprobada una tesis sobre *La tentación de Jesús*.

Presentóse luego al Sínodo solicitando su reconocimiento para el pastorado. Sometido, de acuerdo con la práctica, a un examen sobre cuatro asignaturas y luego de un trabajo escrito sobre la *Naturaleza y gravedad del pecado*, a la edad de veintidós años "recibió la ordenación por la oración y la imposición de las manos", el día 12 de octubre de 1870.

Ocupó, en calidad de suplente, el pastorado en diversas ciudades, entre otras en Basilea, cum-

pliendo con sinceridad y fidelidad las tareas del ministerio dentro de la Iglesia Reformada.

Los pastores eran elegidos por los ciudadanos en las elecciones comunales por sufragio universal. En los comicios realizados en Linières (Neuchatel), el domingo 2 de abril de 1871, resultó electo pastor de esa parroquia. Desempeñó ese cargo hasta que nuevos acontecimientos le guiaron por otros senderos. Señalemos esos mismos caminos y reconozcámosle andando por ellos.

Agitábase, desde hacía tiempo, la cuestión de la separación de la Iglesia y el Estado y no pasaría mucho sin que hiciera crisis. Besson ocupó su lugar en esa lucha.

Las relaciones entre la Iglesia y el Estado asumieron características peculiares en aquellos países que aceptaron en masa la Reforma. En Suiza esas relaciones fueron, en general, más peculiares aún. No existió nunca una Iglesia Nacional Suiza, pero, en cambio, cada cantón resolvió el asunto de por sí, existiendo iglesias "nacionales" en diversos cantones.

La Iglesia de Neuchatel, gobernada desde los días de Farel por la Compañía de Pastores, aunque unida al Estado, mantenía su libertad casi absoluta hasta que en el año 1848, al proclamarse la república, la Compañía de Pastores, que desapareció, fué reemplazada por el Sínodo. Los bienes eclesiásticos pasaron a poder del Estado y al Sínodo le quedó el cuidado de la fe y la preparación y ordenación de los pastores, previa presentación por el Estado, después de las elecciones populares.

Desde 1869, a causa de la lucha provocada

por el llamado cristianismo liberal, se empezó a hablar acerca de la necesidad de separar la Iglesia y el Estado. Los liberales lo pedían porque sostenían que no debían pagar un culto con el cual no estaban de acuerdo y los elementos más evangélicos dentro de la Iglesia lo reclamaban porque no podían aceptar que su culto fuera sostenido por los que no creían sus doctrinas.

La guerra franco-prusiana por un lado, hizo que Buisson y otros franceses que agitaban la cuestión regresaran a Francia, y por otro lado algunas circunstancias internas hicieron que, a pesar de la insistencia de los elementos evangélicos, la reforma solicitada fuera a dormir en el seno de una comisión nombrada por el Estado, que no se expidió.

En 1871 las posiciones habían cambiado notablemente. Los liberales — y es necesario notar que este calificativo no tiene el mismo significado que por regla general le damos actualmente en nuestro medio — que años antes eran partidarios de la separación, ahora la combatían, solicitando, en cambio, solamente la revisión de la ley en forma tal que permitiera a los liberales su introducción en la Iglesia y por lo tanto en el presupuesto gubernamental. Un proyecto de ley presentado por el señor Droz, Director de Enseñanza y Culto del cantón, precipitó los acontecimientos.

Pese a la tenaz lucha entablada en contra por los más fieles y destacados dirigentes evangélicos, el Gran Consejo de Estado votó finalmente la ley, por 16 votos contra 14. Dicha ley mantenía la unión de la Iglesia y el Estado y en for-

ma mucho más humillante para la Iglesia. El Estado se constituía de hecho en patrón de la Iglesia porque le pagaba. La preparación de los pastores fué quitada al Sínodo, anexando la Facultad de Teología a la Academia estadual y se retiró, igualmente, del Sínodo toda autoridad en materia de fe. El Estado nombraría a aquellos pastores que la mayoría de los ciudadanos, identificados con el carácter de miembros de la Iglesia, eligieran, cualesquiera que fuesen sus creencias y con el único requisito de que presentasen un certificado de estudios teológicos realizados no importaba dónde.

Veintidós pastores, cinco ministros auxiliares, y tres profesores de la Facultad de Teología, renunciaron a la Iglesia oficial y fundaron una iglesia independiente. La historia de ese movimiento ha sido escrita por Carlos Monvert en un volumen intitulado *Histoire de la Fondation de l'Eglise Evangélique Neuchatelois Independiente de l'Etat*. Este historiador dice refiriéndose a nuestro hombre:

“El pastor señor Pablo Besson, llegó, uno de los primeros, a la convicción de que la ley era inaceptable y procuró convencer a su parroquia: luego envió su renuncia”. (1)

El espíritu de luchador se perfilaba ya en esa actitud de Besson.

No era fácil, sin duda, dar aquel paso. ¡Cuántos lazos de amistad habría que romper, cuántos prejuicios que abatir y cuántas privaciones que presagiar! El profesor Godet — uno de los diri-

(1) Pág. 251.



La familia Besson frente a su residencia en Neuchâtel. A la izquierda los padres,
en el centro Pablo y a la derecha sus hermanas.

gentes — escribía: “¡Qué posición la de aquellos colegas que entren en el movimiento!” (1) Y poco después de producida la división decía a Félix Bovet:

“Para los pastores que han rehusado quedar en el establecimiento oficial, ha habido, además de desgarramientos dolorosos, duros renunciamentos de orden material, por otra parte gozosamente aceptados”. (2)

Besson, por lo que a él atañe, se había entregado a Cristo y supo consagrarlo todo a su servicio. Pudo en esta ocasión decir con el apóstol de su nombre: “Sé estar humillado y sé tener abundancia, en todo y por todo estoy enseñado, así para hartura, como para hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. Todo, lo puedo en Cristo que me fortalece”. (3)

Para darse cuenta de la importancia del movimiento separatista basta saber que la Iglesia Reformada de Neuchatel contaba en total solamente con 36 parroquias, 43 pastores y 9 ministros auxiliares. De éstos, como queda dicho, renunciaron 22 pastores, 5 ministros auxiliares y los mejores profesores de la Facultad de Teología que fundaron otra. La Iglesia Independiente se constituyó con 19 parroquias, más dos nuevas que se constituyeron en seguida y otra que se adhirió al año siguiente.

No podemos resistir al deseo de transcribir parte del relato que hace Monvert de la primera reunión celebrada por la Unión Evangélica de

(1) *Frédéric Godet*, pág. 415.

(3) *Idem.* pág. 423.

(2) *Filip.* 4:12, 13.

Neuchatel, donde se echaron las bases de la nueva iglesia, el día 23 de septiembre de 1873, con la presencia de un centenar de delegados. Dice:

“Todos los que han tomado parte en esa reunión, recuerdan el sentimiento de recogimiento que experimentaron en ese primer acto de la vida libre de la Iglesia... después de ese largo período de comprensión y de sofocación, se respiraba al fin. Era, pues, la libertad que se había deseado tanto tiempo en vano. ¡Todas las objeciones que se habían opuesto contra ella se habían disipado como por encanto, para poseerla, bastó tomarla!” (1)

¡Qué espíritu juvenil no se sentiría retemplado por aquella escena y por los ideales que la animaban! ¡Cuánto bien deben de haber hecho a Besson aquellas primeras luchas! ¡Qué excelente escuela para los trabajos en favor de las libertades civiles y para la comprensión de tan arduo problema como el de la separación de la Iglesia y el Estado, asuntos en los cuales tanto habría de ocuparse en el futuro!

(1) Libro citado, pág. 233.

NUEVOS RUMBOS Y UN PASO MAS

NUEVOS RUMBOS Y UN PASO MAS



El movimiento eclesiástico separatista de Neuchatel se vió acompañado de un mayor deseo, de parte de sus actores, de profundizar la vida espiritual y de llevar las buenas nuevas de la salvación a otros. En Besson este anhelo se transformó en necesidad imperiosa. Había gustado la abundancia de la gracia de Dios en su corazón y ahora, libre de toda organización, no quiso quedarse a ocupar un nuevo pastorado.

El historiador Monvert dice que “a pesar de los ruegos de los miembros de su Iglesia” dejó el país para ir a evangelizar en distintos lugares de Francia. Su alma ferviente, su espíritu de luchador y su sentimiento de responsabilidad para con aquellos que no conocían el Evangelio, le hacían necesario un campo de labor en el cual pudiera ejercer toda la santa agresividad de su vida consagrada al divino Maestro.

Los pastores A. Duchemin y Leopoldo Monod vieron en él al hombre que necesitaba la Iglesia Libre de Lyon como evangelista y le llamaron para ese ministerio.

En aquella secular ciudad de mártires y de héroes cristianos habría de desplegar una inten-

sa actividad de propagandista, no exenta de dificultades y peligros.

La situación política de Francia durante los años que siguieron a la guerra franco-prusiana no era ciertamente la que más se prestaba para un trabajo de propaganda proselitista. En el número del 13 de junio de 1924 del periódico *L' Eglise Libre* de Francia leemos un artículo en el cual su autor, que fué uno de los evangelistas de aquellos días, describe la situación embarazosa en que se encontraban debido a las cortapisas puestas por las autoridades a todo movimiento que saliera de la rutina y pudiera agitar la opinión pública. La obra en los templos y llevada a cabo por las iglesias reconocidas no era en ningún momento obstaculizada pero no así la predicación efectuada fuera de los lugares especialmente destinados para ello. Lo mismo sucedía con la venta de libros en las calles y la repartición de folletos.

Era necesario para realizar estos trabajos contar con la *autorización previa* del prefecto del lugar, autorización que el autor del artículo a que hemos hecho referencia llama la *guillotina seca*. Cuando este peligroso recurso no se podía hacer funcionar legalmente se recurría a la amenaza del cierre del comercio del hostelero, por ejemplo, que permitiera celebrar tales actos en su propiedad. El prefecto o subprefecto no tenía que justificar el rechazo de la autorización y se estaba, por lo tanto, a merced de su gusto o capricho.

“Se podía pasar sin esa autorización de dos maneras: dando a la reunión el carácter de un culto y no dejando participar de él a más de veinte personas, o de lo contrario, haciendo una re-

unión privada a la cual tendrían acceso solamente las personas invitadas por medio de una carta que llevase expresamente colocado su nombre. Si una sola persona llegaba a introducirse sin invitación, y eso era posible, la reunión se convertía en pública y de hecho caía bajo el peso de la ley”.

“A una de esas reuniones, continúa diciendo el articulista, acudió el jefe de la gendarmería del lugar y quiso entrar. Se le pidió la tarjeta de invitación y no la tenía. Pretendía que no la necesitaba porque era el encargado de la vigilancia de la pequeña villa. Se le cerró la puerta en las narices. Al día siguiente contó su fracaso; esperaba tomar en falta a los “protestantes” e iniciarles un proceso verbal”.

La misma “guillotina seca” molestaba constantemente a Besson en sus trabajos de colportage y en la repartición de folletos de propaganda, que en su calidad de evangelista efectuaba con las energías propias de sus veinticinco años de edad.

No es de extrañar que a menudo se hallara envuelto en dificultades con las autoridades. En Lyon, por ejemplo, dos veces fué llevado preso por vender biblias. Encontrándose en Trévoux (Ain), repartiendo folletos sin la autorización previa, y mientras le entregaba uno de ellos a un muchacho, fué tomado preso, y después de estar tres días encerrado entre ladrones y asesinos fué condenado a pagar cien francos de multa. En Pas de Calais fué amenazado con prisión por celebrar reuniones y además fué obstaculizado en los entornos.

Espíritu libre y agresivo, defensor de los derechos individuales y de la libertad de conciencia,

el joven pastor suizo no temió arrostrar cualquier dificultad, pese a los consejos de sus compañeros de tareas, antes que claudicar en sus convicciones. Recordamos que en Buenos Aires siempre se negó a solicitar "permiso" para actos públicos religiosos. Al redactar una nota para ser presentada a la policía lo hacía "comunicando" sencillamente que la reunión iba a efectuarse. "¡Para eso, decía, hay libertad de conciencia y de reunión asegurada por la Constitución!"

Existía en la ciudad de Lyon una pequeña congregación evangélica bautista y no tardó mucho en tener que afrontar el estudio de las diferencias entre las prácticas de esa Iglesia y las de la Iglesia Reformada, especialmente en lo que respecta al bautismo de adultos.

Cierto día en que Besson había de predicar en uno de los templos de la Iglesia Libre, de la calle Lanterne de Lyon, comunicó al ya veterano pastor Monod que pensaba hacerlo sobre los versículos 18 y 19 del capítulo 28 del Evangelio según San Mateo, que dicen: "Llegándose Jesús les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra, por tanto id y doctrinad a todos los gentiles, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo". El pastor Monod prudentemente le advirtió:

—Cúidese de hacerlo, porque siempre hay en las reuniones algunos bautistas y usted despertará la oposición.

Y, para darle armas en contra del pastor bautista J. B. Crétin que atacaba rudamente la práctica del bautismo de niños, puso en sus manos un libro del pastor Rodolfo Clément, de Lausana,

intitulado *Etude biblique sur le baptême ou le pédobaptisme et l'Eglise*. No pensó Monod que el examen de los argumentos de ese libro iba a ser funesto para la causa que defendía, pues Besson no había terminado aún su lectura cuando ya le parecía que las enseñanzas de los paidobautistas no podían sostenerse a menos que éstos se apoyasen en la *tradición*, es decir en el eterno baluarte de la Iglesia Romana.

Continuaron afirmándole en su nueva posición la lectura de algunos folletos que le dió un primo suyo, llamado Pablo Montandon, que se había hecho bautizar en España. Además le hizo reflexionar una visita que efectuó a las antiguas iglesias de Ainaz y Saint-Pothin, lugares en donde pudo ver los grandes bautisterios antiguos que evidentemente se utilizaban para sumergir a los candidatos en el agua. Con todo, no se preocupaba mayormente porque entendía que el bautismo no regeneraba, doctrina que también, por otra parte, enseñaban sus hermanos bautistas.

Cierto domingo en que él no podía ir a predicar a Saint-Didier, cerca de Trévoux, lugar en el cual se había formado una congregación, pidió a su pariente Montandon que lo reemplazara. Para no abusar este hermano de la confianza en él depositada no mencionó el asunto del bautismo. A pesar de ello, al concluir el culto, algunos creyentes le plantearon la cuestión y no pudiendo callar les explicó el punto de vista bíblico que al respecto sostienen los bautistas, es decir, que el bautismo deben recibirlo solamente las personas adultas convertidas, y por inmersión. El resultado final fué que un grupo de ellos solicitó el bau-

tismo que le fué administrado por el pastor Créтин.

Monod encargó entonces a Besson la tarea de conseguir el regreso de las ovejas al redil, pero también esta vez Besson paidobautista salió perdiendo y Besson bautista se afirmó en su convicción.

Un joven, con el objeto de probarlo, le pidió una explicación de las siguientes palabras de Pedro: "Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros para perdón de los pecados" (1) y "tomando por autoridad indiscutible la palabra de Dios" se rindió a la verdad en el mismo instante en que llegó a comprender el significado de ese texto bíblico y de muchos otros.

A pesar de todas las consecuencias que tal resolución podía tener, al llegar a Lyon presentó su renuncia al Consejo de la Iglesia, e insistió en ella, aunque, con el deseo de mantenerle en su seno, le dejaban en libertad de bautizarse y de utilizar el bautisterio del templo para bautizar adultos. Prefirió el retiro porque ya tenía experiencia en cuanto a asuntos eclesiásticos y sabía que no convenía poner vino nuevo en odres viejos.

¿Cómo llegó a bautizarse? Dejemos que él mismo nos conteste transcribiendo parte de un artículo que publicó en *Le Témoín de la Vérité*: "Después de muchos titubeos y vacilaciones, "¿Por qué te detienes?", me decía la voz del Señor. Una noche, sin saber dónde estaba la pequeña sala de cultos bautistas, me encaminé allá y en la puerta le pedí a Dios una señal: Si el pastor me

(1) Hechos 2:26.

ofrecía la palabra ésa a ser para mí una indicación de que debía pedir el bautismo. Apenas hube entrado fuí invitado a hablar por el pastor Crétin, y con gran sorpresa de los hermanos que me conocían como "refractario", pedí el símbolo de la muerte a mí mismo y a mis pecados".

"No contaré acerca de las discusiones públicas que siguieron, ni la pena causada a mis padres que me creyeron víctima de una estratagema bautista. El salto hacia lo invisible; la cuerda que me tiró la Misión Bautista de Boston cuando ya me encontraba en medio del mar; el servicio que me prestó el veterano J. B. Crétin que, en el norte de Francia ha sido el *pioneer* de la misión, y todas las consecuencias imprevistas y las críticas de que fuí objeto por ese paso decisivo en mi vida espiritual, todo fué para la gloria de Dios".

No es necesario decir que este episodio retrata de cuerpo entero a un hombre valiente y fiel a los dictados de su conciencia. Tenía Besson, hablando humanamente, todo que perder con su actitud: su posición económica, sus relaciones y amistades y hasta el entendimiento con sus padres. Ni siquiera le quedaba esta vez el consuelo — como cuando salió de la iglesia oficial de Neuchatel — de encontrarse acompañado por sus colegas y por sus profesores. Ahora estaba solo y era menospreciado de todos sus antiguos amigos. Significaba ese paso la ruptura con la mayor parte del pasado y el lanzamiento hacia el mar de lo desconocido, pero hecho con la seguridad de hacer la voluntad de Dios y de no quebrantar los dictados del hombre interior.

Sus buenos padres no alcanzaron a compren-

der la actitud de Pablo. La madre, afligida, le escribía: "¡Quieres llegar a ser un vagabundo sin amigos y ser llamado un bautista!" El profesor Godet le escribió procurando convencerle, pero Besson apelaba a los propios comentarios de su gran maestro para demostrarle que su posición era perfectamente lógica y cristiana. ¡Cuántas penas y dificultades le acarreó la ruptura con el protestantismo tradicional!

Prodújose como consecuencia una tremenda discusión acerca del bautismo. Besson escribió un folleto explicando su actitud, intitulado: "*¿Pourquoi me suis-je fait baptiser?*" ("¿Por qué me hice bautizar?"). En la introducción explica:

"Habiéndome creído bautizado, a pesar de que no lo estaba, ahora reconozco mi error. Lo que sé es que antes que la venda cayera de mis ojos, era ciego y ahora veo.

"... estuve de buena fe en el error, pero desde que plugo a Dios mostrármelo yo hubiera sido culpable queriendo permanecer así más tiempo, aunque más no fuera que un solo día, aunque más no fuera que una sola hora".

Concluye el prólogo con estas palabras:

"Es por haber mantenido a las almas y a las congregaciones en el error, ya por haber administrado la aspersion a los niños, ya haciendo ratificar a los catecúmenos el voto del bautismo, que debo confesar delante de Dios y de su Iglesia, haber pecado, pecado por ignorancia, y por ello pido a Dios que me perdone esta infidelidad involuntaria, y todas las de mi pastorado".

¡Confesión sincera, confesión valiente, confesión cristiana!

Ese folleto fué contestado por otro de los pastores Duchemin y L. Monod.

Un episodio sencillo pero significativo agrega una nota acerca del desprendimiento personal de Besson, a la par que demuestra las privaciones a que se vió expuesto debido a su actitud. No contando con el dinero suficiente para la publicación del folleto pensó en vender un reloj de oro de bolsillo que su querida madre le había regalado en su adolescencia. Sin embargo eso parecía una falta de cortesía y con un gesto muy característico — ya que nunca fué muy sentimental — envió el reloj a su propia madre diciéndole que deseaba venderlo para procurarse el dinero necesario para la mencionada publicación y que si ella no se ofendía se lo ofrecía en venta. Y el negocio se realizó.

La madre regaló de nuevo el reloj, que había comprado dos veces, una *para su hijo* y otra *a su hijo*, a una de sus hijas que estaba por contraer enlace con Ernesto Montandon, otro primo, para que se lo regalara a su esposo una vez casada. Muchos años después, cuando ya muerta su madre, Besson volvió a Suiza desde la Argentina, con gran sorpresa supo que su cuñado, y primo a la vez, no había llegado a recibir el reloj: estaba todavía en la cajita en que la fallecida madre lo había colocado y se lo trajo consigo a su regreso a Buenos Aires, usándolo por largo tiempo.

Desde su bautismo y durante toda su vida por espacio de sesenta años más, Besson fué fiel defensor de los principios sostenidos por las Iglesias Evangélicas Bautistas. Estaba hecho para pertenecer a ellas. Decimos esto porque sería un error

suponer que la cuestión del bautismo es la única cosa, o la más importante que caracteriza a estas congregaciones. No. La libertad de conciencia, los derechos individuales, la fe personal en Cristo y la regeneración como condiciones previas para ser bautizado y admitido como miembro, el gobierno congregacional y democrático de las iglesias, etc., son principios básicos de las doctrinas bautistas y fueron otros tantos motivos que llevaron a Besson a pertenecer a esta denominación durante todo el resto de su fecunda existencia.

Un tiempo después la Misión Bautista de Boston aceptó sus servicios en calidad de evangelista. Para evitarle nuevas dificultades con la policía de esa región, fué enviado al norte de Francia, a Denain, que era desde hacía muchos años un centro de actividad evangélica bautista. Juntamente con el pastor Vicent, durante seis años, esparció la bendita semilla de la verdad en esa región, atendiendo al mismo tiempo diez estaciones misioneras. Fueron años de luchas, de dificultades, pero de ricas y abundantes experiencias espirituales y cuyos frutos habría de cosechar reproducidos en tierras lejanas.

EN LA PROVINCIA DE SANTA FE

EN LA PROVINCIA DE SANTA FE

Un llamado Macedónico



OS miembros de la Iglesia Bautista de Pas de Calais, belgas de nacionalidad, abandonaron la vieja Europa y buscando un porvenir mejor vinieron a establecerse en la promisoría América. Llegaron a la provincia de Santa Fe, en nuestra República, y se radicaron en Esperanza, una de las colonias establecidas por inmigrantes suizos y otros en esas regiones, habiendo entre ellos católicos y gran número de protestantes.

Mathieu Floris, uno de estos dos creyentes bautistas, se distinguió inmediatamente por su celo evangelístico y debido a sus trabajos llegaron a bautizarse seis personas, entre ellas don Emilio Arm y los esposos Blazer, radicados en la Colonia Suiza. Muy pronto este grupo sintió la necesidad de contar con la ayuda espiritual de algún pastor que resolviera ir a predicar a esas poblaciones rurales. Floris escribió entonces a Besson, su ex pastor en Francia, exponiéndole las necesidades de esos colonos que, enriqueciéndose materialmente, vivían en paupérrima situación espiritual.

No era fácil, ciertamente, la tarea de hallar un evangelista que se dispusiera a partir a tan leja-

nas regiones y en tan inciertas circunstancias. Besson buscó en vano. El interrogante nació entonces en él: ¿Por qué buscar a otro cuando yo mismo podría responder al llamamiento? ¿Será esa la voluntad de Dios?

Al mismo tiempo recibió una invitación para ocupar el pastorado de una iglesia en Francia. ¿Qué hacer? Tal fué su seria preocupación.

Con ambas cartas en su poder pensó en lo que una resolución podría significar: por un lado, un lugar conocido, con una iglesia fundada, en un ambiente propicio y con el problema económico resuelto. Por el otro, el continente lejano, las numerosas colonias perdidas en dilatados campos, la incertidumbre de los resultados y la inseguridad de su propio sostén.

¿Qué le convenía? No, no era eso lo que le interesaba aclarar; quería saber más bien cuál era la voluntad divina. "Señor, ¿qué quieres que haga?", fué su pregunta angustiada, y los pensamientos que cruzaron por su mente muy bien podrían haberse resumido en esta estrofa:

Do Tú necesitas que vaya, iré;
A los valles, los montes o el mar,
Decir lo que quieras, Señor, podré,
¡Lo que quieras que sea seré!

Muchos siglos antes, el apóstol Pablo se encontró también ante la alternativa de continuar la obra misionera en Asia o de cruzar el brazo de mar para llegar a Europa. La voz del varón macedónico que "se puso delante rogándole y diciéndole: Pasa a Macedonia y ayúdanos" resolvió la disyuntiva y dando por cierto que Dios le llamaba

para que les anunciara el Evangelio, partió inmediatamente a Macedonia.

Así halló la respuesta Besson. La voz macedónica trocada por una voz argentina, argentina por la procedencia y por su nitidez, llegó a su corazón: "Pasa y ayúdanos", era el grito de los que anhelaban el Evangelio de Cristo, y sin más dilación resolvió partir él mismo en respuesta a ese llamamiento.

Dando las gracias a la Junta Bautista de Boston por la ayuda que le había prestado hasta entonces, renunció a su cargo y partió hacia el Nuevo Mundo confiado en la dirección divina, sin ayuda de Misión alguna y sin medios propios de sostén. Su anciano padre, aunque seguía creyéndolo extraviado, le costeó el viaje, que realizó en tercera clase, en calidad de emigrante, a bordo del vapor "Belgrano".

Provisto de algunas cartas de presentación llegó al puerto de Buenos Aires el día 25 de julio de 1881, a los 33 años de edad. Preguntado al pasar por Montevideo en qué lugar se alojaría al llegar a Buenos Aires, contestó sin vacilar: "En el Hotel de los Inmigrantes", pero no sucedió así porque un comerciante francés que fué desde entonces su íntimo amigo lo recibió cariñosamente en su casa. Este amigo era el señor Manuel Molt, cuyo hijo, el señor Fernando Molt, es actualmente presidente de la comisión pro Iglesia Evangélica de habla francesa y un activo miembro de la colectividad protestante.

El padre le había dado una carta para el cónsul de Suiza en la que le solicitaba se sirviera ayudar a su hijo en lo que hubiere menester y que en

caso de que deseara volver a su tierra — cosa que el anciano padre creía que sucedería pronto — le proporcionara los recursos necesarios, pues él pagaría sin dilación los gastos de viaje.

Al poco tiempo se dirigió a Santa Fe, ciudad a la cual fué a recibirlo don Luis Virgilio Eckard, uno de los colonos, que llevó al nuevo misionero en su carreta cargada de bolsas de harina hasta Esperanza.

Esta colonia había sido fundada en el año 1858. El escritor Cervera, en el libro *Colonización Argentina* describe la situación difícil en que se encontraron los primeros pobladores que llegaron a ese lugar. Debido a la falta de terrenos más a mano, y a otras razones circunstanciales, la nueva colonia fué instalada a varias leguas de la costa, es decir, lejos de la vía comercial para exportar los productos. Los labradores europeos que llegaron llenos de ilusiones, se encontraron con que en lugar de las casas, las semillas y los animales ofrecidos, les esperaban tan sólo el desierto y los indios. pues estaban constantemente amenazados por las invasiones de éstos por estar la colonia ubicada en pleno monte.

En esas apremiantes circunstancias el nombre de *Esperanza* era una expresión de anhelos y de confianza para el porvenir. Cuando llegó Besson muchísimas de aquellas primitivas dificultades materiales habían desaparecido y, desde ese punto de vista, las esperanzas no habían sido del todo frustradas. ¡En el terreno espiritual y con la llegada del nuevo misionero aquel nombre era nuevamente todo un símbolo!

El tiempo pasado en esas regiones bastó para

dejar recuerdos imborrables en sus habitantes. Muy pronto el hombre de la universidad y del púlpito se adaptó a la vida sencilla y fatigosa del campo.

El caballo bayo que le había regalado su paisano J. R. Racine le sirvió como excelente medio de locomoción entre las colonias de Esperanza, San Carlos, Pujato, Las Tunas, etc., que recorría constantemente, celebrando reuniones, visitando a los enfermos y esparciendo la buena semilla de la fe. ¡Con cuánto placer recordó siempre aquellas largas cabalgatas y a su encariñado equino!

Secularización de los cementerios

Pronto hubo de encontrarse Besson frente a difíciles problemas debido a las fallas de la legislación, y a la oposición del clero.

Durante el mandato del gobernador Oroño se había promulgado en la provincia una ley de Registro Civil y de secularización de los cementerios, pero este gobernador fué derrocado por los elementos que respondían a los clericales que anularon muchas de las conquistas alcanzadas.

Juan Alvarez dice al respecto:

“En Santa Fe bajo el progresista gobierno de Oroño — el Rivadavia chico — llegóse a implantar el Registro Civil, medida que fué aprovechada por los enemigos políticos y produjo con la revolución de 1867 una intervención federal. Durante esa revolución veíanse grupos armados que recorrían las calles gritando: ¡Viva Dios! ¡Mueran los masones!” (1)

(1) *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*, pág. 343.

En el tiempo en que Besson estuvo en la provincia era gobernador un cura llamado Zavalía.

A pesar de que el cementerio de Esperanza era civil, las llaves estaban en poder de un fraile capuchino que, fiel a las normas católicas romanas, franqueaba la entrada sólo a aquellos que morían en gracia de la "Santa Madre Iglesia".

Sucedió lo que era de esperar. En ocasión de la muerte de la niña Luisa Engler, cuyos padres eran evangélicos, Besson y el padre de la finadita se presentaron al Intendente Municipal, que lo era entonces un tal señor Lahmann, suizo pero no protestante, y le solicitaron ordenara la apertura del cementerio, pues el fraile se negaba a ello. El Intendente, queriendo evitarse un conflicto con el "napolitano", — así llamaban vulgarmente al fraile en cuestión, — no quiso intervenir y les aconsejó en cambio que forzaran por su cuenta las puertas del cementerio y enterrasen a la niña.

En lugar de seguir tan violento procedimiento, prefirieron abrir una fosa en la quinta paterna y dar sepultura a su muerta en ese lugar, campo tan "santo" como cualquier otro. Allí, en el jardín de la casa y debajo de un hermoso laurel reposan aún los restos de esa niña como testimonio de la fidelidad a la fe y a los principios igualitarios de aquel pastor y de sus feligreses.

El culto celebrado sobre la tierra removida por aquellos que se sentían proscriptos de los derechos comunes del individuo y del ciudadano, fué toda una protesta y toda una esperanza. ¡La oración elevada a Dios a favor de las libertades civiles en nuestra legislación, acompañada con

aquella actitud consecuente, se elevó más ferviente que nunca y no tardó en ser contestada!

Por lo pronto, sin embargo, había que afrontar las consecuencias inmediatas de aquel atrevimiento. A la denuncia del fraile seguiría la detención por parte de la policía de los que quebrantaban de esa manera las disposiciones municipales. Besson resolvió adelantarse a los acontecimientos y, a la madrugada siguiente, partió a caballo para la capital de la provincia con el objeto de entrevistarse con el vicegobernador. ¿Por qué no con el gobernador?, preguntará el lector. Sencillamente, porque el gobernador era cura...

—Señor — le dijo Besson al hallarse en su presencia, — ¿no es cierto que a lo largo del camino entre Esperanza y aquí hay muchas cruces?

—Así es.

—¿Supongo que esas cruces indican que en esos lugares han sido enterrados otros tantos muertos?

—Es claro, pero ¿a qué viene todo esto?

—Pues, señor, el Intendente de Esperanza quiere prohibirnos que enterremos a nuestros muertos en una quinta particular.

—Naturalmente, para eso está el cementerio...

—Disculpe, señor. No. ¡El cementerio está solamente para los católicos, a los protestantes no se nos concede el derecho ni de nacer ni de morir como ciudadanos!

La conversación se transformó pronto en discusión que fué aprovechada para reclamar una vez más la igualdad de derechos ante la ley para todos, sin distinciones religiosas ni ideológicas.

Horas más tarde llegaba a Santa Fe el Intendente para hacer una consulta sobre el hecho acaecido el día anterior en Esperanza, pero prevenidas ya las autoridades centrales la querrela no asumió tan graves caracteres.

Al siguiente día Besson vió llegar a la casa de los Engler un agente de policía llevando dos caballos de las bridas y su inmediata reflexión fué ésta: "Bien, un caballo, para el hermano Engler, otro para mí y los dos juntamente con el policía presos a Santa Fe". Sin embargo no sucedió de tal manera. El Intendente, como único castigo y desquite, mandaba dos caballos heridos para que el colono los cuidara y alimentara en su campo.

El caso de aquella niña sirvió de espléndido argumento a Besson para continuar la publicación de nuevos artículos que enviaba a los diarios de Santa Fe, a *La Capital* del Rosario y a otros de Buenos Aires.

Rebeldes de nuevo cuño

Y ya que de Santa Fe hablamos, concluyamos citando un caso interesante, aunque algo posterior. Una Iglesia y Escuela protestantes de San Carlos, solicitaron personería jurídica al gobierno provincial y el fiscal doctor Simeón Aliaga, que era un clerical fanático, dictaminó aconsejando que no fuera concedida la personería solicitada; lo hizo en términos tales que demuestran su ofuscación y evidente parcialidad.

Don Pablo, como ya comenzaba a llamársele cariñosamente, hizo correr la pluma y los periódicos publicaron sus cortantes artículos relacionados con el informe legal.

El dictamen decía:

“Excmo. Señor: La Nación Argentina, como cada una de las provincias que la forman, es católica, apostólica, romana, pues tanto la Constitución general como las particulares de cada Estado, han adoptado la religión católica declarando, especialmente la nuestra en su artículo 4º que “la religión es la católica, apostólica, romana, a la cual prestará su más decidida protección y sus habitantes el mayor respeto”.

“En presencia de esta disposición, puede establecerse desde luego que repugna a nuestro derecho constitucional la concesión de la personería jurídica a una iglesia protestante, que lleva este nombre precisamente como prueba de su rebelión contra las autoridades y los dogmas fundamentales de la Iglesia Católica”.

Al publicar uno de los artículos de Besson, *La Nación* de Buenos Aires, lo encabezó con una nota propia que intituló de la siguiente y significativa manera:

REBELDES DE NUEVO CUÑO

¿Puede otorgarse personería jurídica a una asociación protestante?

Voto fiscal por la negativa

Sus terribles fundamentos

A continuación siguen las palabras de la redacción y luego el artículo de Besson. Este hace notar al fiscal que se ha olvidado del artículo 14 de la Constitución Nacional y el final del artículo 4º de la Constitución provincial que cita y que

dice: "sin perjuicio de la libertad de culto" y agrega:

"Esta libertad no es una mera concesión ni una simple tolerancia de los cultos opuestos al nacional, a fin de facilitar la inmigración de *todos* los hombres del mundo que quieran habitar en nuestro suelo. La tolerancia siempre es revocable en tanto que es un favor, pero en cambio, la libertad es un derecho constitucional".

El gran Mirabeau decía: "No vengo a proclamar la tolerancia. La libertad de religión es a mis ojos un *derecho* tan sagrado que la palabra *tolerancia* me parece algo tiránica, puesto que la autoridad que tiene el poder de tolerar atenta a la libertad de pensar por lo mismo que no tolera y desde luego podría hacerlo".

Decía más, el rebelde pastor:

"Sin desconocer a la religión su acción, su influencia en la sociedad, no podemos tomarla por institución del Estado; la nacionalidad argentina no puede fundarse, ni asimilar los elementos heterogéneos y cosmopolitas sino sobre la base del estado laico, del derecho común, del poder civil que representa el derecho de cada uno y la justicia para todos".

En *El Diarito* de Santa Fe refiriéndose Besson a la situación en que ese señor Fiscal quería colocar a los protestantes frente a la ley, escribió:

"Están tolerados, simplemente tolerados, como las langostas, los bichos feos, los malos gobiernos o las casas de prostitución. Mientras se les concede a las órdenes monásticas todos los favores y subvenciones del Estado, se niega a los protestantes el derecho de nacer y de morir civilmente.

Sin ser rebeldes contra la autoridad, protestamos contra tal Inquisición”.

La campaña iniciada a favor de la creación del Registro Civil, de la supresión del Patronato Eclesiástico, de la Separación de la Iglesia y el Estado y de la Secularización de los Cementerios, hizo comprender a Besson la importancia de estar en la Capital Federal y por esa razón no tardó en radicarse en Buenos Aires.

EN LA GRAN CAPITAL DEL SUD

EN LA GRAN CAPITAL DEL SUD



A fines del año 1882 un grupo de protestantes de lengua francesa invitó a Besson a radicarse en Buenos Aires. Aunque no sin pesar, dejó las colonias del norte para establecerse en esta ciudad, seguro de que podría trabajar mejor a favor de la promulgación de algunas leyes sin las cuales la situación de los evangélicos se haría tanto más dificultosa cuanto más crecieran en número. Por ser hombre de visión se dió cuenta que toda obra destinada a influir sobre el resto del país debía tener su asiento en esta gran metrópoli.

Había sido el primer predicador bautista en Santa Fe y ahora lo era en Buenos Aires, ciudad a la cual habría de dedicar sus energías y su saber, luchando en favor del extendimiento de la causa de Cristo.

Sus numerosas actividades llevadas a cabo durante tantos años, hacen imposible detallar su obra de predicador, pastor, misionero, escritor, etc., y sobre todo hacerlo siempre en orden cronológico, y es por eso que preferiremos dar mayor importancia a los asuntos que a las fechas en que tuvieron lugar en el método a seguir.

Al principio de su estada en la Capital Fede-

ral celebró cultos en francés en el templo de la Iglesia Luterana alemana y luego en el local del Colegio Inglés. Al alquilar un salón para cultos lo hizo en la calle Lima entre Moreno y Belgrano, frente al pasaje llamado Del Pecado, que daba a la Plaza de Toros. Hoy la plaza se llama Montserrat y el pasaje Aroma.

Predicaba en francés, pero la presencia de gran número de jóvenes del barrio, que acudían con el primordial objeto de mofarse, hizo que empezara a predicar en español, para ganarles con el Evangelio habilitando al efecto una hora semanal especial. Era esta obra en el idioma del pueblo a la que iba a dedicarse especialmente en el futuro.

Años más tarde los cultos se celebraron sucesivamente en locales más cómodos en las calles Belgrano 1274, Venezuela 942, y finalmente en Independencia 1332.

El 23 de diciembre de 1883 efectuó en el Río de la Plata, frente a Palermo, el primer bautismo de un creyente, el señor Guillermo Junor, hombre de destacada actuación como director del Colegio Inglés, secretario de la Sociedad Protectora de Animales en el tiempo en que Sarmiento era su Presidente, etc. En su colegio había más de 400 alumnos y en él se educaron muchos hombres que han figurado en las primeras filas del comercio y de la política argentina.

Usaban en las clases como texto de lectura el Nuevo Testamento en un tiempo cuando en las escuelas del Estado se enseñaba el catecismo del padre Astete. Allí dictaba algunas clases el señor Besson.

Con este primer creyente bautizado, y la re-

unión de algunos otros bautistas, hasta entonces dispersos y que habían venido de distintas regiones de Europa, se constituyó la primera Iglesia Evangélica Bautista de Buenos Aires, congregación que su iniciador pastoreó por más de cuarenta años.

El púlpito ocupado por el señor Besson fué una cátedra en la cual expuso y defendió con fe y gran erudición las eternas y gloriosas verdades del Evangelio que predicó con fogosidad. Su apariencia patriarcal y su potente y un tanto gangosa voz, acompañada de gestos severos, daban a su oratoria el carácter de victoria indiscutible sobre las conciencias y sobre el pensamiento de sus oyentes.

Su predicación se caracterizó por lo profundo de sus conceptos, pero a la vez por lo ameno e instructivo. El asunto más difícil sabía ponerlo al alcance de todos y matizarlo de oportunas anécdotas y ocurrencias tomadas de su propia experiencia.

Usó mucho de la controversia, especialmente para atacar los errores de la Iglesia Católica, y en este sentido su palabra fué fuerte y su apóstrofe terrible en contra de sus doctrinas y sus intolerancias. Estaba persuadido de que era imposible edificar las verdades del Evangelio sin antes demoler los castillos de enseñanzas falsas y supersticiosas por ella levantados.

Defendió siempre todo lo que estuviera en favor de la democracia y sencillez cristianas como asimismo el gobierno congregacional de la iglesia, del cual fué sostenedor consecuente.

La incredulidad y el racionalismo no dejaron

de recibir sus recios golpes, pero, por encima de todo, su predicación consistió en una presentación clara del mensaje de la redención por medio del Cristo crucificado. La miseria espiritual del hombre y las inescrutables riquezas de la misericordia de Dios; la salvación por gracia, por medio de la fe en la obra consumada en el Calvario; la preexistencia del Verbo eterno y su completa humillación al humanarse en la persona histórica de Jesucristo; la diferencia clara y total entre la ley y la gracia, fueron sus temas predilectos.

Entre los hombres ganados en los primeros tiempos de su obra se contaron cuatro que luego fueron predicadores y pastores: el señor Alberto Ostermann y sus dos jóvenes hijos, Gabriel y Julio, y el señor Joaquín Otero. El señor Alberto Ostermann en el año 1890 fué a ocupar el lugar que Besson había dejado en las colonias de la provincia de Santa Fe y continuó luego la obra en castellano en la capital de aquella provincia pastoreando por largos años la Iglesia que se constituyó en ese lugar.

El relato de la reunión celebrada por la Iglesia de Buenos Aires al despedir al señor Ostermann y la carta — cuya copia escrita por el señor Besson consta en el archivo de la Iglesia — demuestran el tono realmente apostólico de la obra realizada en aquellos días heroicos de la obra evangélica.

Reunida la Iglesia para la “imposición de las manos” al nuevo misionero, “el señor Besson predicó sobre el capítulo 13 de los Hechos de los

Apóstoles y expuso la acción y la dirección del Espíritu como agente de todas las iniciativas y misiones evangélicas, por oposición a la dirección exterior del régimen papal, donde el hombre sustituye al Espíritu en el gobierno de la Iglesia. La imposición de las manos es el símbolo del ministerio de la palabra en vista de una obra especial y no la ordenación vaga, indeterminada, ni el sacramento mágico de la Iglesia Romana”.

“El apostolado del Espíritu se distingue del antiguo sacerdocio restablecido por Roma, no por sus diplomas, por sus títulos académicos, sus documentos oficiales y diplomáticos, sino por su fuerza, por su poder, por sus efectos, por sus resultados: la conversión de las almas. Este es el carácter del apostolado de San Pablo”.

“Es en nombre de nuestra Iglesia, como delegado; en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, que es enviado el hermano Ostermann a la congregación, a las ovejas esparcidas y a todos los pecadores”.

“Una vez que hubo terminado el sermón el pastor Besson, el hermano Alberto Ostermann, dió testimonio de su vocación, de su gratitud a la Iglesia que le soportó, y no dudó de su fe, de su sacrificio al separarse de los hermanos... Se encomendó, por fin, a las intercesiones de los hermanos”.

“Después del acto de la imposición de las manos, fué celebrada la Santa Cena, tomada como símbolo de la última congregación, después de tantas despedidas y separaciones momentáneas”.

La carta de presentación a que hemos hecho referencia, fué redactada por el señor Besson y

vale la pena darla a conocer por el espíritu admirablemente misionero que la anima. Hela aquí:

“A la Iglesia y a los hermanos bautizados en las colonias de Pujato, Las Tunas, San Carlos, Esperanza, Humboldt, etc., y Santa Fe. Que la gracia y la paz os sean dadas de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo”.

“Sabiedo que desde hace muchos años, vosotros habéis pedido al Señor de la mies que enviara un obrero al campo de Santa Fe, damos gracias a Dios porque él ha llamado para esta misión a nuestro querido hermano, señor Alberto Ostermann, bautizado por inmersión el 25 de diciembre de 1884, en Buenos Aires”.

“Miembro activo y celoso de nuestra congregación, probado en la fe, ha recibido, en la reunión del 12 de enero de 1890 la imposición de las manos en vista de la obra del ministerio de la palabra de Dios. Os rogamos, pues, en nombre de nuestra Iglesia, que le recibáis como hermano y como servidor de Jesucristo, y que le ayudéis con vuestra cooperación a trabajar por el adelanto del Reino de Dios y para la salvación de las almas por el Evangelio. Al separarnos de este hermano le encomendamos a Dios y a la palabra de su gracia y le recomendamos a la alta dirección del Espíritu Santo”.

“En nombre de la congregación, os saludamos, muy queridos hermanos y hermanas en Cristo Jesús, y somos vuestros servidores en el Señor”.

Firman esta epístola de sabor neotestamentario el señor Pablo Besson en su calidad de pastor de la Iglesia y el señor Guillermo Junor como secretario.

El vaivén de la gran ciudad no hizo perder a don Pablo este admirable espíritu misionero, emprendiendo, en cambio, frecuentes viajes de evangelización por el interior.

La ciudad de La Plata fué uno de los primeros lugares que visitó, iniciando la obra en esa ciudad. Una sala alquilada para las reuniones pronto hubo de ser abandonada y entonces los cultos siguieron realizándose por un tiempo en casa de una de las primeras familias con las cuales se relacionó y que abrió su hogar para que en él se anunciara el Evangelio. Fué esta la familia Verges, cuya hija Julieta — a quien don Pablo enseñaba textos de memoria y a cantar himnos al son del violín que él mismo tocaba — habría de constituir el hogar Varetto-Verges que Dios bendijo con cinco niñas en la mayor de las cuales el autor de este libro halló la esposa y colaboradora. ¡A Dios, y a su siervo Besson, la honra y el recuerdo de un corazón agradecido!

El bautismo de los convertidos en aquellos días se efectuaba en el lugar denominado El Dique, uno de los canales del Río de La Plata, que llegan hasta cerca de la ciudad.

A pesar de haberse organizado más tarde la Iglesia y de tener otros pastores, Besson predicó en el púlpito platense periódicamente, haciendo trueque con el suyo, primeramente con el señor Smart y luego con el pastor Varetto por espacio de quince años, haciéndolo siempre el tercer domingo de cada mes. ¡Cómo no recordar las primeras impresiones recibidas al escuchar en aquellos cultos la palabra de quien se nos aparecía imbuído del ímpetu del luchador y de la ciencia

del sabio, en nuestros primeros pasos de juventud y de la vida cristiana!

Visitó numerosos pueblos y ciudades del sud de la provincia de Buenos Aires como ser, Las Flores, Azul, Olavarría, Coronel Suárez, Tandil, etc, dando conferencias en salones y teatros que se colmaban de público ansioso de escucharle. Era invitado unas veces por evangélicos que se encontraban dispersos y otras por liberales y masones que querían alguna conferencia sobre libertades civiles, separación de la Iglesia y el Estado o algunas otras cuestiones similares. Preparó de esa manera el ambiente y ganó las primeras simpatías a favor de la obra que luego establecieron otras misiones en esos campos.

Sus visitas a las iglesias organizadas años más tarde eran recibidas como las de un héroe cuya apasionada palabra llegaba a los corazones e iluminaba las mentes.

El señor Roberto F. Elder relata un viaje que realizó en compañía de Besson por esas regiones, al llegar al país en calidad de misionero, y expresa la admiración que le causó la comprobación de la enorme popularidad de que gozaba su veterano guía. Dice de él entre otras cosas:

“En aquel entonces era el visitante más popular de las congregaciones del sud”.

“En agosto de 1900, el año de la gran inundación, cuando todo el campo desde Monte hasta Azul parecía un vasto mar, le acompañé para hacer mi primera visita a Las Flores, Azul, Olavarría y Coronel Suárez. Eran misioneros respectivamente en aquellos pueblos los señores Graham, Buchanan, Logan y Roberts. La impresión de la

acogida que le dieron en todas partes y de cómo, se llenaron los salones para oírle, es indeleble”.

“Me parecía que algo del espíritu guerrero de don Pablo se había comunicado a las congregaciones durante las visitas y yo aprendí mucho de ellas”.

Agrega que cuando fué inaugurado el templo de Tres Arroyos predicó uno de los sermones y que durante varios años visitaba periódicamente las iglesias mencionadas.

Además el señor Besson hacía una visita anual a Montevideo, alojándose en la casa del doctor Escande, que siempre encontró hospitalaria y cariñosamente lista para recibirle. En esa ciudad bautizó también a varios creyentes.

Don Pablo fué en Buenos Aires un personaje característico y popular. Su erudición era conocida no sólo por sus predicaciones sino también por sus artículos en los diarios y por su asidua concurrencia a la Biblioteca Nacional, lugar en el que departía y discutía con cuantos se ponían a su alcance. Su presencia llamaba inmediatamente la atención como la de un hombre interesante. Iba por la calle, valijita y bastón en mano, leyendo o repartiendo, a todos los que encontraba sus folletos apologéticos sobre algún asunto del momento.

Su vestimenta, entre aristocrática y desaliñada hacía que tuviera un porte singular. Cuando llegó por primera vez a la casa del señor Alberto Ostermann, éste, luego de observarle se hizo la siguiente reflexión: “Este hombre o es un far-sante o un apóstol”. Evidentemente era lo se-

gundo ¡Demasiado preocupado por cosas importantes no pensaba mucho en los detalles del arreglo personal y, aunque solía vestir levita ésta no estaba siempre como para lucirse en salones!

Como no escondía sus ideas religiosas no es de extrañar que algunas prácticas relacionadas con la Iglesia que pastoreaba, como por ejemplo, el bautismo, llamara la atención pública. Veamos al respecto la crónica aparecida en el diario *La Prensa* de Buenos Aires el 27 de febrero de 1893:

“En la Iglesia Evangélica Baptista de la calle Independencia 1330 verificóse anoche la anunciada ceremonia del bautismo de dos afiliados a la congregación con cuyo nombre encabezamos estas líneas”.

“Comenzó la original ceremonia con un sermón pronunciado por el diácono señor Caballero y coros religiosos cantados por los afiliados con acompañamiento de armonium. En seguida el pastor de la congregación, señor Pablo Besson sumergió totalmente en un extenso baño a los dos nuevos baptistas, que vestían un traje ligero adaptado a las circunstancias”.

“Otros coros cantados por la cosmopolita concurrencia que llenaba el templo dieron fin a la ceremonia”.

“El bautismo de ayer nos sugiere la idea de dar a conocer algunos datos de la congregación evangélica baptista, única de la secta existente en el país. Ella es una corporación independiente de todo comité establecido; se sostiene y se gobierna por sí sola. Los afiliados eligen por sufragio al pastor y al diácono, que son las únicas autoridades reconocidas”.

“El señor Besson ha establecido misiones en las colonias de Santa Fe y en Carmen de las Flores, la primera continuada por el pastor Ostermann; la segunda por el pastor Graham”.

“Entre los afiliados a la Congregación, se cuentan argentinos, españoles e italianos”.

¡Bendita oportunidad la de abrir los primeros surcos en terreno todavía virgen! ¡Bendita responsabilidad recaída sobre un hombre capaz de sobrellevarla consciente e íntegramente! ¡Bendita sabiduría divina que escogió al sembrador cristiano que era apto para el reino de los cielos porque puesta la mano al arado no miraba hacia atrás!

TAREA INCESANTE

VIII

TAREA INCESANTE



EN 1898, después de veinte y cinco años de ausencia, y de diez y siete de permanencia en la Argentina, Besson hizo el primer y único viaje a su país natal. Iba en esa ocasión por asuntos de familia y para interesar a sus compatriotas en la obra que realizaba entre los suizos emigrados. Además como estaba por iniciarse la construcción del templo en Buenos Aires aprovechó la oportunidad para recolectar algunas ofrendas a favor de tal obra. Aunque no se sentía fatigado, ese viaje le proporcionó un descanso que bien merecía.

Fué recibido cariñosamente y con vivos sentimientos de admiración en todas partes. Las conferencias pronunciadas con una "fogosa elocuencia" — dicen las crónicas — fueron escuchadas con verdadero interés. En una carta circular de presentación enviada por el doctor Gabriel Oltramare decía: "El pastor Besson, que podría haber vivido tranquilamente en su país, en el cual ha desempeñado funciones eclesiásticas suficientemente retribuidas, ha preferido expatriarse, no en busca de una situación mejor sino empujado por ese espíritu de renunciamiento que

posee el verdadero evangelista, yendo a países que tenían mayor necesidad de oír la palabra de Cristo. Apóstol militante, hace diez y siete años que trabaja tanto por la palabra y la pluma como con los hechos, para crear un foco de vida cristiana, en medio de una población heterogénea, donde se codean gentes de las más distintas razas y lenguas”.

“Los ejemplos, agrega, de caridad, de sacrificio de sí mismo y de desprecio de la fortuna, por la fortuna en sí, son raros; la independencia de carácter, las convicciones fuertes nos asombran; éstas son sin embargo, las cualidades que es necesario recompensar; ellas solas podrían regenerar las costumbres, retemplar las almas y abrir en ese país una era de santa prosperidad. El señor Besson es también un publicista que no cesa de defender con la pluma los grandes principios de la libertad y del progreso”.

Entre los numerosos actos organizados con motivo de su presencia en Suiza cabe mencionar la conferencia realizada en el Casino de San Pedro que el *Journal de Gêneve* (1) describió entusiastamente y que al anunciarla el periódico *Semaine Religieuse* (2) halló motivo para comentar la obra realizada por el visitante:

“El señor Pablo Besson, ha consagrado espontánea y pacientemente su tiempo, sus fuerzas y sus recursos a la evangelización de los suizos en la Argentina, sin ser sostenido por ninguna sociedad y sin recibir ningún salario”.

Otro periódico (3) hacía notar igualmente, que

(1) 10 de febrero de 1899.

(2) 21 de enero de 1899.

(3) *La Tribune de Gêneve*, 3 de febrero de 1899.



Templo de la calle Estados Unidos 1273 de Buenos Aires

“trabaja en la República Argentina, subviniendo él mismo a su sostenimiento, alcanzando, a pesar de los obstáculos que se colocan en su ruta, a realizar una obra excelente no sólo entre nuestros compatriotas pero también entre la gente del país”.

Durante su ausencia de Buenos Aires comenzaron los preparativos para la edificación del templo que se levantó en un terreno que había adquirido al efecto.

Es necesario saber que algunos años antes, al fallecer su padre en Suiza, había dejado una no despreciable herencia, parte de la cual correspondió a don Pablo Besson.

No sucedió sin embargo todo tan llanamente. Por el testamento dejado por Eduardo Besson legaba a sus hijos una buena parte de sus bienes, repartido en proporciones iguales entre sus tres hijas y el único hijo varón, pero con cierta condición para este último. Como Pablo se encontraba lejos, trabajando en calidad de pastor bautista entre un grupo que para él no tenía mayor valor, quiso proteger la parte de sus bienes evitando el peligro — que él creyó podría haber — de que tal dinero cayera en manos de terceros. Nombró al efecto a su yerno Ernesto Montandon tutor y administrador de los bienes que le dejaba. Esta situación debía durar hasta tanto Pablo se casara y con ese paso se colocara en mejores condiciones de seguridad económica. Dejaba, sin embargo, autorización a su esposa para cambiar estas disposiciones testamentarias si las circunstancias así lo recomendaban.

Cuando Besson, al recibir una copia del testa-

mento, se enteró de la posición de tutela en que se le había colocado, con un gesto muy personal, lo devolvió a su anciana madre diciéndole que en esas condiciones prefería renunciar a la parte de los bienes que le pertenecían.

La buena madre, ganada por la actitud de entereza individual de su hijo, anuló el testamento y, por un nuevo documento, entregó a Besson la porción que le correspondía según la voluntad paterna.

Ese dinero, que podría habérselo guardado para su propio bienestar y solaz, con el cual le hubiera sido fácil construir algún chalet en un barrio aristocrático de Buenos Aires y vivir reposadamente, lo dedicó a la causa del Señor en su país de adopción al cual ya había consagrado su vida.

Utilizó la mayor parte de ese dinero en la construcción del templo de la calle Estados Unidos 1273, de Buenos Aires, salvo pequeña ayuda recibida de otras fuentes, y de otro en Talleres (hoy Remedios de Escalada) en el cual también predicó durante muchos años. Edificó además en Talleres algunas casitas con el objeto de alquilarlas a bajo precio. Con el correr del tiempo sus donaciones o préstamos generosos fueron una grande ayuda en la compra de terrenos y edificación de templos en diversas ciudades y pueblos de la República. Al retirarse, en su vejez, del ministerio activo dejó los templos por él edificados a la Misión Evangélica Bautista a cambio de una pensión para su mantenimiento y, al fallecer, legó gran parte de los bienes que le restaban para un Fondo pro Edificación de Templos. En cuanto a él, vivió siempre con sencillez extre-

ma. ¡Admirable ejemplo de desprendimiento!

El día 8 de septiembre de 1899 fué uno de los más felices de la vida de don Pablo, pues en tal fecha tuvo lugar la solemne inauguración de la capilla de la calle Estados Unidos.

En esa ocasión Besson "en una expresiva alocución abrió su corazón para derramar la gratitud hacia Dios de que rebozaba por los innumerables beneficios con que lo había colmado". *El Estandarte Evangélico*, órgano oficial de la Iglesia Metodista, en una larga crónica describe lo que fué ese hermoso acto, en el cual estaban presentes hermanos de los distintos grupos evangélicos que trabajaban en la ciudad.

"Como se sabe—comentaba *El Estandarte* (1) — la capilla Bautista es el fruto del desvelo, desinterés y abnegación sin límites del batallador evangelista, conocido en casi todos los pueblos de esta República, Sr. Pablo Besson, quien no ha descansado, alentado por sus colaboradores, hasta ver dignamente representada la denominación a que pertenece, con el primer Templo Bautista que se ostenta en las Repúblicas del Plata".

Continúa el periódico metodista con la descripción del acto que se celebró y dice luego: "Usó de la palabra el Dr. C. G. Drees, quien después de felicitar fraternalmente a la comunidad bautista en su digno pastor, hizo resaltar elocuentemente las condiciones del señor Besson, diciendo que desde el principio simpatizó con él, viendo a un soldado valeroso de la cruz, incansable, abnegado hasta el sacrificio, teniendo un solo in-

(1) 14 de septiembre de 1899.

terés: el de la extensión del reino del Maestro Salvador, Cristo Jesús”.

La Prensa (1), con el título de: “Un nuevo templo disidente y Baptista”, publicó la siguiente crónica:

“Tuvo lugar anoche la inauguración de la nueva capilla que se destina a los cultos evangélicos y baptistas, situada en la calle Estados Unidos 1273”.

“Todos los pastores de las diferentes comuniones, como asimismo gran número de fieles, asistieron al acto. El conjunto del edificio es de buen gusto. Dentro de la capilla, sin altar ni imágenes, se ve la pila bautismal, copia exacta de las fuentes de las antiguas iglesias católicas, y donde debe administrarse, por inmersión, el bautismo de los adultos”.

“En el siglo XVI se dedicó la Reforma a establecer los ritos del cristianismo primitivo, pero no encontrándose en la Biblia nada que se refiriese al bautismo de los párvulos, los baptistas ha ido más allá que Lutero y Calvino, que conservaron esa tradición de la Iglesia Católica. Bajo el apodo de anabaptistas o rebautizantes, se mezclaron en la revolución religiosa, con diversos elementos progresistas”.

“Entre los baptistas más conocidos se encuentran Bunyan, tan elogiado por Taine; Milton, el autor del *Paraíso Perdido*; Rogerio Williams, que, en 1693 fundó en Rhode Island la primera colonia basada sobre la libertad de conciencia, etc”.

(1) 9 de septiembre de 1899.

“El gobierno eclesiástico es congregacionalista, es decir autónomo, independiente, sin centro de autoridad, ni jefe y sin otras relaciones que la fraternidad cristiana, de modo que no pueden formar un Estado dentro del mismo”.

Las paredes del templo no contuvieron, sin embargo, las actividades de Besson porque nunca vivió al margen de la vida política y social del país, pues supo en todo momento identificarse con el pueblo y compenetrarse de sus problemas. No tuvo miedo de contaminarse; procuró ser sal y como tal infiltró su influencia en cuanto lugar pudo introducirse para hacer primar los principios del Evangelio en las partes putrefactas de la sociedad.

Una de sus actividades en ese sentido fué su actuación en la Sociedad contra la Trata de Blancas, en la cual tomó parte activa. Su participación en la lucha contra esa lacra social fué eficaz y, más de una vez, alguna joven se vió libre de los manejos de los mercaderes de esclavas blancas debido a su oportuna intervención.

La Sociedad Protectora de Animales le contó entre sus sostenedores. Esta Sociedad celebró su primera reunión en el salón social del Templo Metodista de la calle Corrientes 718 y el Dr. Juan Tompson — el primer predicador del Evangelio en castellano en Buenos Aires — fué uno de sus fundadores.

Fué Vice-presidente de la Sociedad Filantrópica Suiza que contó siempre con su mayor apoyo e interés.

Llamó, igualmente, la atención, la simpatía de

don Pablo hacia los enfermos de los hospitales, pues durante muchos años visitó el Hospital Muñiz llevando material de lectura y consuelo a los leprosos internados en ese nosocomio.

Un elocuente testimonio de su obra de filántropo lo hallamos en el número de *The Herald* del 20 de diciembre de 1904. Publicaba este diario inglés una serie de artículos intitolados: "Por las iglesias". En esa fecha el cronista, después de dedicar toda una columna a la iglesia pastoreada por Besson, termina con estas palabras:

"Poseyendo un buen argumento es un temperamento genial pero también es uno de los hombres de corazón más tierno de la ciudad. Podríamos contar muchas historias de su caridad y simpatía para con los pobres, podríamos contar acerca de los hospitales y de los oscuros calabozos que los penados ven iluminados por su presencia; pero él sería el último hombre en desear que relatáramos esos actos. Una cosa deseamos decir, sin embargo, en conclusión: que si bien el nombre de Pablo Besson no es uno de los más citados entre las iglesias donde hay riquezas y bienestar, es un hombre tenido en alto honor y profundo respeto entre "los pobres y los necesitados, los enfermos, los abandonados y los caídos" en hogares humildes de esta gran ciudad".

A los 57 años de edad Besson encontró algo que aun le faltaba a pesar de los años transcurridos: una esposa.

Había sido siempre refractario al matrimonio porque creía que el misionero no debía tener otras

preocupaciones y cuidados que los de su ministerio. Empeñadamente aconsejaba a todos a seguir su ejemplo de célibe empedernido. Sin embargo llegó el día en que cedió y fué para gran bendición de su vida. Por propia experiencia conoció la verdad del proverbio de Salomón: "El que halló esposa, halló el bien" (1).

Doña Margarita Mealley, fué la dama cristiana y piadosa con la cual contrajo enlace en octubre de 1905. Era viuda del pastor Jorge Graham, el primer misionero bautista inglés que había llegado al país y que se estableció en la ciudad de Las Flores, continuando la obra que Besson había iniciado durante sus visitas a ese lugar.

Era también doña Margarita inglesa de nacionalidad, habiendo como *nurse* cristiana, en la ciudad de Londres, llevado el consuelo a muchos corazones. Cursó después los estudios correspondientes en el Instituto Bíblico "Doric Lodge" y en 1887 llegó a la Argentina para casarse con Graham. En su compañía realizó por espacio de diez y siete años una obra magnífica como maestra y misionera. La partida de su esposo la dejó viuda y con dos hijitos, Jorge y Carlos.

Casada con Besson habría de ser su esposa y ayuda eficaz durante veinte y seis años. Fuera de toda duda fué la compañera providencial para el hombre que hasta entonces había vivido estoicamente su soltería. Casi es imposible imaginar qué hubiera sido de don Pablo sin esa compañía durante los largos años de su vida, en que, debido a la edad, a su temperamento y despreocupación

(1) Prov. 18:22.

por su persona, hubiese llegado quizá a anular la eficacia de su obra.

Mujer hogareña y ordenada, doña Margarita, convirtió la vivienda de un bohemio en un hogar que ofreció techo hospitalario a muchos obreros cristianos que supieron aprovechar su bondad y su bienvenida siempre cordial; mujer de un carácter dulcemente cristiano supo poner la nota suave, y necesaria muchas veces, para alisar las asperezas de un temperamento formado en la fogosidad de un batallar constante; mujer de energía sin aparatosidades innecesarias pudo ser ama de casa ejemplar haciendo sentir su influencia en el momento oportuno; mujer caritativa fué, como buena samaritana, digna compañera de quien practicó tan noble virtud; mujer consagrada a Cristo fué ayuda idónea del esposo pastor en el trabajo de guiar a las almas a la salvación, en repartir consuelos y aliviar penas. ¡Cuánto bien puede hacer la señora de un pastor, a él y a la sociedad! En ese sentido también doña Margarita cumplió debidamente su misión.

**CUESTIONES CIVILES Y LIBERTAD
RELIGIOSA**

CUESTIONES CIVILES Y LIBERTAD RELIGIOSA



LOS bautistas fueron desde el principio los amigos de la libertad, la justa y verdadera libertad, igual e imparcial libertad". Estas palabras pertenecen al filósofo Juan Locke y se encuentran en el *Tratado sobre la Tolerancia*, al referirse al problema de la Iglesia y el Estado en Inglaterra. (1)

La cita del filósofo encuentra plena confirmación en la actuación del primer bautista en la Argentina.

Cuando en 1860, en la Convención de la Provincia de Buenos Aires que debía examinar la Constitución Nacional, el convencional Félix Frías propuso un artículo que sancionara en forma absolutista que la Religión Católica era la del Estado, Sarmiento al contestarle citó a un bautista cuando dijo: "Entonces en Rhode Island aparece Rogelio Williams, un hombre extraordinario, que al ver a los hombres libres matándose por materia religiosa, fué el primero en la tierra que dijo: la conciencia no entra en la administración pública". (2) En efecto, Williams que fundó, con

(1) *Separación de la Iglesia y el Estado*, J. C. Varetto, pág. 18.

(2) *Comentarios a la Constitución*, pág. 138 (Obras, t. VIII).

la ciudad de Providencia a la cabeza, el primer estado moderno basado en una completa separación del orden civil y religioso, era bautista.

El primer tratado que se conoce escrito sobre la materia se debe, igualmente, a un bautista llamado Busher. Se intitula *La Paz Religiosa, o una palabra en favor de la libertad de Conciencia*, escrito en la cárcel de Newgate en 1614. (1)

No faltó en nuestro país, en los años en que afianzada la unidad nacional era necesario legislar sobre multitud de asuntos, muchos de ellos relacionados con la libertad de conciencia asegurada por nuestra liberal Constitución, no faltó, decimos, una voz netamente bautista, voz de apóstol, voz tronadora encarnada en el heraldo de la libertad cristiana, don Pablo Besson, que se hizo oír en nuestro medio y de acuerdo, por supuesto, con sus fuerzas y las circunstancias, reclamando la sanción de las leyes indispensables para asegurar el libre ejercicio de la libertad de cultos.

La Prensa de Buenos Aires, en una nota en que da algunos datos sobre la historia de los bautistas ha dicho que "por su constancia los bautistas introdujeron su doctrina en Inglaterra, Alemania, Holanda y Estados Unidos, y en esta República fueron los primeros que pidieron la adopción del registro civil y del matrimonio civil". (2)

Fueros Eclesiásticos

Aunque existía, en el tiempo en que Besson llegó al país, libertad de cultos e igualdad ante

(1) J. C. Varetto, obra citada, pág. 18.

(2) 9 de septiembre de 1899.

la ley para todos los hombres de la tierra que quisieran habitar el suelo argentino, garantizada por la Constitución, estos derechos no alcanzaban en buena parte a los evangélicos bautistas, debido a la falta de una legislación civil que estuviera en consonancia con esas sublimes declaraciones de la Carta Magna y debido, igualmente, a la unión de la Iglesia Católica con el Estado y a la influencia de los representantes de Roma sobre las autoridades.

No existiendo Registro Civil, las anotaciones de nacimientos, casamientos y defunciones, eran hechas en registros entregados a los curas párrocos y a los representantes de la religión de otros países, reconocidos como tales por el Ministerio de Culto que realizaban de esa manera la función legal de estos actos, que debían ser eminentemente civiles para que la libertad de cultos e igualdad ante la ley, fueran realmente garantizadas. Resultaba así que aquellas personas que por sus convicciones religiosas, como los bautistas y los que no tenían ninguna religión, y no querían someterse a la autoridad eclesiástica que no reconocían para estos asuntos, se encontraban, de hecho, fuera de la ley. Había que bautizar al niño para obtener la "fe de bautismo", única forma de legalizar su existencia; había que casarse por el rito de alguna religión oficialmente reconocida para que la unión no fuera un mero concubinato y los hijos no fueran "naturales"; había que morir en la gracia de la Santa Madre Iglesia para tener derecho a un pedazo de tierra en el cementerio común del pueblo.

En el Registro estadístico de la Provincia de

Buenos Aires del año 1872 se hace esta interesante declaración:

“No habiéndose establecido aún en la Provincia el registro del estado civil de las personas, sólo figuran como nacidos los niños que han sido llevados a la Iglesia para ser bautizados, pero los que nacen muertos, mueren al nacer o después de nacidos — sin bautizar — no están comprendidos en el Registro Estadístico, como tampoco lo están *aquellos que por creencias religiosas de sus padres quedan sin ser bautizados* en alguna de las iglesias cristianas existentes en la Provincia”. (1)

A raíz de una denuncia hecha por el Intendente Municipal de Buenos Aires, D. Torcuato de Alvear, sobre casamientos efectuados por el Cónsul de Italia, el Procurador General de la Nación decía:

“Las uniones contraídas sin la intervención de un ministro de la religión a que los contrayentes pertenezcan, no produce, entre nosotros, es bien sabido, la comunidad de bienes adquiridos durante el matrimonio, ni los hijos procreados en tales condiciones son reputados legítimos a los efectos de la sucesión”. (2)

Ante esta injusta situación razón tenía Besson para escribir:

“En el preámbulo de la Constitución se aseguran los beneficios de la libertad para todos los hombres que quieran habitar el suelo, pero a pesar de esta garantía constitucional, nosotros, los

(1) Introducción, pág. XXI.

(2) Informe de los Consejeros Legales. T. VII, pág. 600.

bautistas, estábamos privados de los derechos del hombre, del ciudadano y del estado civil”.

Los pastores de otras iglesias protestantes habían conseguido por medio de los representantes diplomáticos los derechos y prerrogativas de los párrocos católicos y recibían del Estado los registros para anotar los nacimientos y casamientos de sus parroquias.

Era una concesión gubernativa en favor de las colonias extranjeras, más por su nacionalidad que por sus creencias religiosas. En las estadísticas oficiales figuran, no por su nombre religioso sino como “congregación Alemana, Escocesa, Inglesa, Norteamericana”, respectivamente. Uno de los ministros de culto, el católico fanático Dídimo Pizarro sostuvo que era “inconstitucional reconocer a los pastores de cultos disidentes”, y tenía razón.

Besson resistió lo que él llamó: “Mi primera tentación en la Argentina”, es decir, la de solicitar su reconocimiento oficial como pastor suizo al Ministerio del Culto, por medio del cónsul de su país, porque sus convicciones no le permitían hacer tal cosa. El cónsul de Suiza aconsejó a Besson a dar ese paso — la colectividad suiza protestante debía efectuar los casamientos y anotar los nacimientos y defunciones en las iglesias de otras nacionalidades — pero a pesar de ello, y del enojo causado al diplomático helvético, no lo hizo, porque como él lo ha dicho: “Por haber renunciado, en mi patria, al ministerio de la Iglesia del Estado, y haber reclamado en Francia la separación de la Iglesia y el Estado, yo no hubiera

podido, sin prevaricar, reconstruir lo que había derribado”.

“No quiso aprovechar los privilegios de la protección especial de la prerrogativa teocrática del clero” y, eligió ser puesto “como en Francia los Hugonotes hasta 1789 y en Inglaterra los non-conformistas, fuera del estado teocrático y disfrutar, en cambio, de los riesgos y peligros de la libertad”.

El uso de esta libertad le costó luchas y sinsabores pero las afrontó con todas sus consecuencias.

Tal era la independencia de su carácter y su resolución de no claudicar ni en lo mínimo en este asunto que cuando iba al Ministerio llevando alguna solicitud o protesta nunca pasaba por la puerta del “Culto” sino por la de “Justicia” porque para él tal ministerio no debía existir, ni lo reconocía.

Registro Civil

Durante varios años Besson escribió numerosos artículos que eran publicados por muchos diarios como ser: *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, *La Argentina*, *Tribuna*, *El Tiempo*, *La Libertad* y especialmente *El Figaro*, que respondía al general Roca, además de numerosos pequeños folletos que repartía por doquier.

Algunas citas de aquellos escritos sobre temas circunstanciales que siempre aprovechaba, nos darán una idea mejor del carácter de la lucha entablada.

En un llamado "Al Honorable Congreso" que publicó en uno de los diarios decía:

"Hay pues necesidad urgente de que nuestro Congreso dé al caso una ley que regle los matrimonios, les ponga condiciones e impedimentos, y prescriba las formalidades que han de observarse para su celebración".

"Es una monstruosidad que las leyes no hayan designado la autoridad a que deben presentarse para contraer matrimonio, monstruosidad que si en tierra extraña tendría otro nombre, no así en éstas, en que el gobierno, consintiendo en su territorio hombres de otro país y otro culto, guarda profundo silencio acerca del modo con que han de celebrar el primero de los contratos humanos, lo que es poner un impedimento a la moralidad".

En *El Fígaro* del 22 de julio de 1887, escribía:

"Entre los congresales, ¿no se levantará un solo diputado, o un solo senador, que reemplace al doctor Onésimo Leguisamón, para sostener en las Cámaras la fórmula del matrimonio civil? A falta de representantes más activos y liberales, que eleve el pueblo porteño una petición o haga una manifestación pública para activar la reforma social".

Los diarios católicos atacaban duramente a don Pablo y muchas veces lo hacían en forma baja y descortés, descendiendo hasta la injuria personal. Nunca Besson llegó a ese terreno, pues luchaba por principios y por ellos únicamente. Un tal señor Magnasco, por ejemplo, contestaba en *La Patria* a Besson un artículo que éste había publicado en *La Razón* sobre impedimentos del ma-

trimonio. A los insultos y espíritu inquisitorial del católico, respondía el protestante:

“Pronto llegará el día en que un hombre cualquiera tendrá el mismo derecho que el clerical, para hablar”.

Un artículo de *La Prensa Católica* publicaba párrafos sabrosos como éstos:

“El señor Besson dice que la consagración y condición de la Iglesia rebaja el matrimonio porque sujeta a los ciudadanos a la tiranía papal y a las farsas idolátricas del clero. Esto y algo más podrá ser cierto para los Bessones, los Alejos Peyret, los Carballidos y otros libres pensadores, como, para los sacristanes y discípulos de don Tomás Wood, pero no para los santafecinos y demás católicos que respetan en el Papa al jefe de la Iglesia Católica. Esta es cuestión de fe católica o de apostasía. Los Bessones se conforman con ese acto civil y se van a saborear la luna de miel. . .”
etc.

El pastor evangélico le contestó en *La Capital*:

“No responderemos a la injuria personal sacada del Manual de los Confesores. Dejaremos a los sectarios del Papa, “del moderno Saturno que devora sus propios hijos” muy libres de someterse a la bendición sacramental, bajo la sola condición de que principien por conformarse a las leyes del estado civil del matrimonio. Pero esto no puede concederlo *La Prensa Católica*, cuya ambición es la de elevar el poder de la Iglesia más alto que el poder del Estado por medio del sacramento”.

“Ya se ve con cuál menosprecio profana y vilipendia el clero todo lo que es estado civil; por fingida humanidad, pretende no hacer más que

poner condiciones, precauciones, inquisiciones espirituales, pero en realidad, busca imponerse con su autocracia rebajando lo más posible al Estado”.

Los casos Mornhinweg y Berdía

En enero de 1885 dos vecinos de Olavarría, Juan Mornhinweg y Luisa Ochler, se dirigieron a Besson solicitando su consejo acerca de la forma en que habían de contraer enlace y éste les indicó la conveniencia de presentar una solicitud al Ministerio reclamando la inscripción civil de su casamiento. Hecha la solicitud Besson se encargó de llevarla al entonces Ministro, doctor Wilde. Pasados los antecedentes al procurador General de la Nación, dictaminó en forma interesante como podrá verse en el otro caso que historiamos más detalladamente a continuación.

En 1887 dos miembros de la Iglesia Evangélica Bautista de Buenos Aires, deseaban a su vez contraer enlace y como no existía aún el Registro Civil ni querían aceptar los servicios de ningún ministro cristiano sometido a la autorización del Estado, resolvieron — a falta de leyes — su unión ante la presencia de Dios. Estos creyentes, llamados don Venancio Berdía y doña Josefa Pando, se prestaron valientemente, y resueltos a cargar con las críticas inevitables y consecuencias de su actitud, a apoyar con su fidelidad la campaña que realizaba el pastor de su congregación. Conocimos personalmente a la señora Berdía, la cual falleció en 1927 a los noventa y dos años de edad.

Aun a riesgo de ser monótonos transcribimos

los documentos que se refieren a este caso ya que sin exagerar podemos decir, que al historiarse los antecedentes de nuestra ley de Registro Civil merecerán, en buena ley, figurar entre ellos.

No existiendo, naturalmente, un oficial de Registro Civil que levantara el acta de la unión que se realizaba, los contrayentes firmaron un "contrato conyugal" redactado para la ocasión por el señor Besson. Helo aquí:

"Resueltos a celebrar civilmente nuestro matrimonio, yo, Venancio Berdía y Josefa Pando, españoles de nacimiento, ambos disidentes, y domiciliados en Buenos Aires, estamos declarando por el presente documento, nuestro consentimiento de vivir conyugalmente delante de Dios.

"Gozando del beneficio y de las garantías del Código Civil (1217-1229), para las convenciones matrimoniales, hacemos el presente contrato conyugal que no podrá ser revocado ni alterado sin consentimiento mutuo.

"Por esta convención nos hacemos el uno al otro la donación de bienes que exige de los cónyuges el Código argentino (3570).

"Si tenemos hijos los reconoceremos ambos de tal manera que nos heredarán por partes iguales como hijos nacidos después de la celebración del contrato civil.

"Sumisos en todo a las leyes de la República que rigen la sociedad conyugal, consiste nuestra buena fe en guardar este contrato hasta el día de su validación civil y de su inscripción legal por el oficial del Registro Civil, la cual ya hemos solicitado al Ministerio de Justicia.

"El presente documento tiene por testigos a

los infrascriptos don Pablo Besson y don Alberto Ostermann.

“Guardaremos, el uno y el otro de los cónyuges, copia del mismo documento, con la ayuda de Dios”.

Está fechado el 1º de febrero de 1887 y lleva al pie la firma de los interesados y testigos.

Pocos días antes habían firmado una solicitud que el señor Besson llevó al Ministro de Justicia que lo era entonces el doctor Filemón Posse. En la Plaza de Mayo mientras se dirigía a la casa de gobierno, don Pablo se encontró con su antiguo amigo el profesor Alejo Peyret, quien procuró disuadirlo de que llevase tal solicitud, porque decía que no valía la pena, ya que el presidente Juárez Celman había traicionado a los liberales nombrando ministro al Dr. Posse en el lugar dejado por Wilde que era de ideas más liberales.

La nota presentada decía así:

“Los infrascriptos, domiciliados en la capital y españoles de nacimiento, presentan a su excelencia el Ministro, esta solicitud para que los autorice a celebrar ante el Jefe del Registro Civil, su matrimonio por las siguientes consideraciones:

“Ambos somos miembros de la iglesia llamada Bautista; según el Código Civil (183) y según el rito de esas congregaciones (en España, Francia, Italia, Suiza, Estados Unidos, etc.) no hay otra ley que la del Registro Civil.

“Si para nosotros es ministro de nuestro culto, nuestro pastor don Pablo Besson, no tiene en cambio, el privilegio del Oficial del Registro Civil, y no está autorizado a celebrar el contrato, ni a suscribir el acta cuya copia debe remitirse, para

su inscripción, a la oficina del Registro Civil, de tal forma que estamos privados de los beneficios de esta ley.

“En este caso, no reconocemos otra ley que la del poder civil.

“Según el Código Civil (1217) es el contrato de matrimonio válido con todos sus efectos civiles, anterior e independiente del rito de cualquier iglesia.

“Por fin, esta celebración civil en la capital es la misma que en España, nuestra patria.

“Por estas consideraciones estamos obligados, no solamente a solicitar la inscripción, según la ley del Registro Civil, sino también a solicitar la celebración de nuestro matrimonio por el jefe de la oficina del Registro Civil, y a pedir al Ministro de Justicia su autorización.

“Gozando en esta República de la misma libertad de conciencia y de cultos que los demás, esperamos del señor Ministro, doctor Filemón Posse, la facultad conferida al jefe del Estado Civil de celebrar nuestro matrimonio de acuerdo con las leyes.

“Buenos Aires, 25 de enero de 1887, *Venancio Berdia - Josefa Pando*.

“Otro sí decimos: que la declaración de nuestro matrimonio en presencia de testigos, puede hacerse, como la del nacimiento o defunción, ante el encargado del Registro Civil y debe inscribirse por él. Vale”.

Esta solicitud fué pasada al Procurador General de la Nación y el dictamen de este funcionario demuestra la importancia de la actitud decidida asumida por Besson y por sus amigos. Era pro-

curador el doctor Eduardo Costa, que también fué Ministro de Culto, Justicia e Instrucción Pública durante la presidencia de Mitre, y que al decir de José María Zuburía, "el general Mitre con sagaz instinto de gobierno descubrió de lejos y sacó de su retiro para que fuera un verdadero apóstol del credo liberal y uno de los más constantes e infatigables obreros de la Nacionalidad Argentina". (1)

La forma en que se expidió sobre el caso Berdía confirma esa opinión. Veámoslo:

"Señor Ministro:

"D. Venancio Berdía y Da. Josefa Pando, españoles, vecinos de esta Capital, solicitan a V. E. faculte al Jefe del Registro Civil para que autorice el matrimonio que desean contraer. Dicen ser ambos miembros de la Iglesia llamada "Bautista", cuyos ritos no reconocen otra ley que la del Registro Civil.

"Sea lo que sea, el hecho es que los comparecientes manifiestan la imposibilidad en que se encuentran de contraer matrimonio, y piden a V. E. habilite un funcionario público al objeto de que legalice la unión que se proponen formar.

"En un caso de igual naturaleza dije a V. E. lo siguiente, que reproduzco ahora.

"D. Juan Mornhinweg y doña Luisa Ochler, colonos de Olavarría, solicitan a V. E. un decreto o autorización para contraer matrimonio con todos los efectos civiles ante el juez de paz.

"La materia del matrimonio está regida por el

(1) *Estudios sobre la Historia Argentina contemporánea*, pág. 386.

código civil, y no está en la facultades de V. E. alterar o modificar sus prescripciones.

“En el cap. 3, tít. 1. S. 2, se estatuye que el matrimonio entre personas católicas debe celebrarse según los cánones y prescripciones de la Iglesia Católica.

“El siguiente declara válido el matrimonio celebrado entre católicos y no católicos, siempre que fuese autorizado por la Iglesia Católica y fuese de práctica en la iglesia de la comunión a que pertenece el esposo no católico.

“Finalmente el 5º declara asimismo válido el matrimonio celebrado sin autorización de la Iglesia Católica entre cristianos no católicos o entre personas que no profesan el cristianismo siempre que fuera celebrado en conformidad con las leyes y ritos de la iglesia a que los creyentes pertenecieran.

“Disposición alguna atribuye efectos civiles a la unión que se contrajera ante la autoridad civil, sin la intervención de los ritos de alguna religión, ni aún con respecto a los que no profesan religión de ningún género.

“El art. 119, en cuyo espíritu creen los interesados encontrar la autorización que solicitan, se refiere exclusivamente a la manera en que los contrayentes pueden disponer de sus bienes antes del matrimonio, pero en nada modifica los requisitos que el mismo código ha juzgado indispensables para la validez de la unión conyugal.

“La Constitución garantiza a todos los hombres del mundo que quieran habitar en el suelo argentino la más amplia libertad de conciencia.

A ninguno obliga profesar alguna religión determinada ni tampoco profesar alguna.

“La ley ha debido entonces preveer la situación en que se encuentran colocados los colonos referidos, es decir, en el caso de que profesando alguna religión que no es la católica, no exista en la república ministro de su credo; o bien de que, no profesando religión alguna, se vean en la imposibilidad de formar una familia que es el primero de todos los derechos que la Constitución acuerda igualmente a todos.

“La inmigración de los pueblos del norte principia a llegar en mayor número a nuestras playas, y este caso hoy aislado, bien puede producirse con frecuencia; y aunque único no puede menos que recibir la solicitud de los poderes públicos. Es uno de los caracteres de la civilización de nuestros días, el respeto y la protección que la comunidad dispensa al derecho individual, esté representado por uno o por muchos de sus miembros.

“La solución que desde luego ocurre, es la sanción de una ley especial, que determine la manera en que tales matrimonios deben celebrarse, o bien, y más naturalmente, el establecimiento del matrimonio civil, en la forma en que existe en la mayoría de las naciones católicas, y es de esperarse que exista entre nosotros antes de mucho.

“El presente caso pone otra vez más en evidencia ante V. E. y ante el país, que existe en nuestra legislación un vacío que no debiera continuar por más tiempo

“Mientras no sea permitido a católicos y protestantes y a los que no son ni católicos ni pro-

testantes ni profesan religión alguna, formar una familia sin abjurar de sus convicciones o sus creencias, está muy lejos de ser una realidad, las más solemnes declaraciones de la Constitución y son mentidos los beneficios de la libertad que ella ofrece a todo el que quiera habitar en el suelo argentino. *Eduardo Costa*". (1)

Como hemos dicho el caso de Olavarría a que hace mención el Procurador, se refiere a un matrimonio cuyo solicitud Besson también había presentado.

La simple lectura de este documento fiscal basta para darse cuenta de la importancia que ese funcionario dió al asunto. Los diarios publicaron este dictamen y lo comentaron; sabemos que apareció, entre otros, en *La Nación*, *La Prensa*, *La Tribuna Nacional*, *La Patria*, etc. Besson aprovechó esta oportunidad favorable para continuar su campaña.

Los periódicos católicos atacaron, como siempre lo han hecho con todo lo que significa libertades para el pueblo, el dictamen del doctor Costa y las ideas sostenidas por el pastor bautista. A los ataques clericales Besson contestaba en *La Razón*:

"El dictamen del doctor don Eduardo Costa en favor del matrimonio civil ha sido atacado por *La Unión*. Reconoció el órgano del clericalismo que la sanción del matrimonio civil abriría las puertas a la secularización del Estado. En efecto perfeccionaría con ello el poder legislativo y su obra de libertad.

(1) Informe de los Consejeros Legales, T. VII, pág. 589. (1884-1887).

“No se trata de favorecer a uno que otro individuo que de lejos en lejos se presenta queriendo contraer matrimonio. “Aunque único”, como lo dijo el Procurador, el caso merecería la consideración de las autoridades públicas puesto que el derecho *del hombre*, la consideración del derecho individual, es el primero que debe respetarse en la sociedad moderna.”

Después de probar Besson que no es con un solo caso sino con muchos que podría demostrar la injusticia del estado de cosas en aquellos momentos, agrega que no es tampoco el miedo de que la ley del Registro Civil beneficie a los ateos y a los indiferentes, como lo teme *La Unión*, que debe impedirse la sanción de una ley justa, ya que no es por la fuerza que tiene que imponerse la religión.

Termina haciendo notar que los solicitantes no reclaman ninguna prerrogativa especial y que los bautistas elevarían una solicitud en el mismo sentido al Congreso.

En *El Figaro* escribía Besson:

“En nombre de los oprimidos, de los proscritos y de los perseguidos y sobre todo en nombre del ideal de la Constitución que nos asegura a todos lo que nos quita su falsa aplicación fari-saica y jesuítica, mil gracias al Procurador General, doctor Costa.

“Si no está en las facultades del Ministro de Justicia alterar o modificar las prescripciones del Código Civil, si no está en su poder hacernos justicia, esperamos de su excelencia la iniciativa de la ley de matrimonio que nos restituya las liber-

tades necesarias del hombre, de la familia y de la sociedad”.

Contra toda probabilidad y previsión — a causa de su calidad de católico — El Ministro Posse presentó al Congreso el proyecto de ley de Registro Civil y la defendió en la Cámara con serena elocuencia. Un proyecto anterior del doctor Wilde había sido encarpetado, pero Posse ante la realidad de la injusticia que tal estado de cosas evidenciaba apoyó y defendió el proyecto enviado por el Poder Ejecutivo y que el Congreso aprobó en el año 1888 con el apoyo de los liberales y la oposición tenaz de los clericales.

Guardia Nacional

Entre la multitud de asuntos y casos afrontados en relación con la libertad de conciencia, y que sería cargoso recordar, citamos uno de esos hechos relacionado con el ejército:

El servicio militar lo hacían los jóvenes argentinos, en aquella época, en la “Guardia Nacional”. Más de una vez eran llevados a las iglesias a rendir homenajes en festividades católicas; esto repugnó a los pocos jóvenes evangélicos, que creían su deber cumplir con las leyes del país tocante al servicio militar, pero que no estaban dispuestos a doblar las rodillas y presentar armas ante imágenes y hostias. Sabemos del caso de tres jóvenes cristianos, Williams, Guerra y Varetto, que se propusieron, en cierto domingo, no ceder a la idolatría y así lo hicieron. Williams fué arrestado, Guerra recibió una tremenda herida en la cara, causada por el sable de un oficial y Va-

retto se libró porque su compañía no fué llevada a la misa.

Se produjo, en esos mismos días, un caso semejante con un joven miembro de la Iglesia Evangélica Bautista, y Besson, su pastor, salió a la defensa de la libertad de conciencia en el ejército. El joven era Federico Caballero y lo acaecido se verá por la siguiente protesta de Besson aparecida en *La Nación* el 14 de agosto de 1895:

“Señor Director de *La Nación*: Con razón se obliga a todos los jóvenes a asistir a los ejercicios militares, mas ¿con qué derecho obligarlos a asistir a los ejercicios espirituales, como lo ha sido a la misa en la Iglesia de la Concepción, el domingo pasado?

“¿No está asegurada a todos, a los soldados como a los ciudadanos, la misma libertad de conciencia por la Constitución?

“En la Guardia Nacional hay soldados de los cultos disidentes que no pueden ser castigados por desacato o rebeldía a la autoridad militar, cuando se exige de ellos un ejercicio meramente religioso como el de hincarse en el momento de la elevación de la hostia.

“No pueden confundirse con los ejercicios espirituales, los militares, como sucedió en el templo de la Concepción cuando, el kepís en la mano, les fué mandado a los protestantes hincarse ante el santísimo sacramento, como a los primeros cristianos sacrificar al ídolo del César.

“Por no haber querido hincarse, después de haber prevenido a su cabo, fué castigado el soldado C. y debía de ser detenido durante 24 horas, si el coronel, más liberal, no le hubiese pre-

guntado qué religión tenía, y no le hubiese puesto en libertad.

“Esa disciplina militar como la unidad nacional, no puede fundarse sobre la unidad religiosa, y menos en la católica romana, so pena de restablecer la jurisprudencia de la Santa Inquisición, tanto en el ejército como en la nación.

“Ya es bastante difícil realizar la fusión de los elementos heterogéneos en una nueva nacionalidad sin complicar el problema con la cuestión religiosa.

“Llamados a tomar las armas en defensa de la misma patria, no pueden los soldados ser perseguidos por haber asistido o no haber asistido a la misa, o por no haberse hincado ante no sé cuántos dioses.

“Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”.

En el diario *Tribuna* sobre el mismo asunto encontramos los siguientes párrafos de un artículo de Besson:

“Mientras que los seminaristas están exentos de todo servicio, y no son castigados como infractores a la ley, que debiera ser igual para todos, ¿se debe imponer la asistencia de los protestantes al culto católico, so pena de la prisión o de la muerte?

“Antes de hacerse romanos por la fuerza, como, los indios del Chaco, los hijos de protestantes preferirían salir de la patria”.

UN VIAJE PROVECHOSO

UN VIAJE PROVECHOSO



EN 1911 se celebró en la ciudad de Filadelfia, Estados Unidos, el segundo Congreso de la Alianza Mundial Bautista al cual asistió el señor Besson representando a los diversos grupos de bautistas de la Argentina.

Estuvieron presentes en ese congreso cuatro mil delegados de sesenta países distintos, habiéndose celebrado reuniones durante ocho días con un promedio de asistencia de cinco mil personas cada vez. Su presencia y participación en esa asamblea de carácter universal fué una excelente experiencia para don Pablo y los mensajes dados con motivo de ese viaje en diferentes lugares, llamaron la atención.

En relación con las reuniones de Filadelfia fué publicado un libro bajo la dirección del doctor J. N. Prestridge, intitulado:

Modern Baptist Heroes and Martyrs, uno de cuyos capítulos trata de *Pablo Besson: Apóstol de la Argentina*.

En ese capítulo, escrito por el doctor S. J. Porter, de Texas, se relata la biografía del representante de los bautistas de nuestro país. Transcribiremos algunos párrafos que demuestran la

impresión causada en los que le conocieron y escucharon. Comienza así el autor:

“Los asistentes a la Alianza Bautista Mundial en Filadelfia evocarán los estandartes que señalaban los lugares asignados en el auditorio a los grupos de mensajeros de los diversos países. Entre esas banderas nacionales levantadas aparecía una con el nombre de “Argentina”, debajo de la cual se sentaba el único representante de esta lejana tierra del sud. Habiéndosele visto una vez, no es posible dejar de distinguirlo entre la multitud. En medio de la gran reunión de bautistas congregados de todas partes del mundo, no hay carácter más interesante que el del pastor Pablo Besson, o don Pablo (como es familiar y afectuosamente llamado por los suyos), el *pioneer* bautista y héroe de la Argentina. Su pesada y calva cabeza, ribeteada con sedoso cabello cobrizo, sus largas cejas, sus ojos penetrantes, profundamente ubicados, su tierno pero a la vez severamente encantador rostro, le señalan como un profundo pensador de rica experiencia y altos propósitos. Es un bautista que ha seguido inflexiblemente la lógica de tal posición, habiendo hablado de sí mismo como de “Este contradictor acostumbrado a obedecer a la Palabra de Dios”.

Luego de trazar los rasgos salientes de su vida, concluye Porter:

“En la Alianza Mundial de Filadelfia representó al pequeño, luchador y emergente grupo bautista de su tierra de adopción. Culto, genial, marcado por las señales de muchos años de fatigas, es una figura pintoresca entre el gran número de pensadores, obreros y héroes. Fué un



Pablo Pessen a los 60 años.

placer para aquellos que le encontraron, saludarle con reconocimiento. Por muchos años se ha mantenido de pie defendiendo la verdad y no ha tenido vergüenza, ni temor, en declarar sus principios y dar su mensaje. Por la gracia de Dios ha escrito un nuevo capítulo de la historia bautista".

Una de las cosas que más impresionaron a Besson fué la presencia en ese Congreso de los mensajeros rusos, que por "bondad" del Czar habían salido bajo fianza de las cárceles de su patria para asistir a la gran reunión de Filadelfia. Estaban presos, en aquellos días de opresión, por el grave y único crimen de leer la Biblia y de predicar el Evangelio de Cristo. Llegó a su corazón, como al de todos los congresales el oírles cantar el Himno Nacional, como patriotas de su país cuyas autoridades los oprimían. Los nombres de Pavlienko, Dalzach, Homiac, Ivanoff, Pavlof, Krostromin, Fetler, etc., etc., quedaron grabados en las mentes y en los corazones de los que los conocieron. Eran nombres, por otra parte, que ya estaban escritos en el libro de la vida, juntamente con los que "fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo . . . de los cuales el mundo no era digno". (1)

Imborrable impresión le causó, igualmente, la recepción ofrecida por el Presidente de Estados Unidos, en Washington, a un grupo de congresales entre los cuales se encontraba él y los hermanos rusos.

Diarios seculares de Norte América y de Europa, como ser *The Daily Evening Times - Despatch*

(1) Hebreos 11: 37, 38.

y el *British Weekly* se ocuparon extensamente de Besson, publicando reportajes y crónicas de sus conferencias.

The Daily Evening, por ejemplo, refiriéndose a él, en una noticia sobre el congreso dijo: "Pablo Besson, representante de la Iglesia Bautista de Buenos Aires, Argentina, atrajo la atención por su espíritu de luchador".

Y en otro de sus números dió, en la primera página, una reseña de un discurso pronunciado en Richmond y la intituló de esta manera particular:

Sermón en español, traducido al inglés por un cubano. Culto único en su género en la Primera Iglesia Bautista por un Suizo-Francés-Argentino. El orador habla de Actividad Religiosa y de Obra Misionera.

Al regresar al país fué recibido cariñosamente por sus hermanos y encendió el celo de las congregaciones de Buenos Aires y visitó Esperanza, Santa Fe, Rosario, Paraná, Ramírez, etc., relatando las profundas y hermosas experiencias recogidas en tan provechoso viaje.

AMIGOS Y ADVERSARIOS

AMIGOS Y ADVERSARIOS



O hay duda de que Besson haya tenido muchos adversarios, pero tuvo muchos más amigos, porque además de ser amigo de aquellos con quienes estaba de acuerdo por sus ideas o creencias, lo era también de sus "enemigos" de ideología; sólo, quizá, no sintió afecto para el hipócrita que sostenía sus argumentos o actitudes con falsedad.

Fué rudamente franco, con esa franqueza que gana la simpatía del contrario aunque pierda la contienda, porque demuestra sinceridad y lealtad para sus propias opiniones y respeta la de los otros.

Buisson, uno de sus profesores, relata el espíritu impersonal de las grandes luchas entabladas en los tiempos de la juventud de Besson en Suiza, y cita el largo viaje realizado a cierta comuna de Berna, donde había de dar un conferencia que Bovet, otro de sus profesores, iba a refutar. Los contrincantes viajaban juntos y Buisson años más tarde recordó "el encanto de aquella larga conversación entre dos enemigos de ideas, pero amigos porque luchaban sin injurias, ni rencores personales". (1)

(1) Souvenirs, pág. 18.

De ese espíritu de hombre culto y seguro de lo que piensa, estaba imbuído nuestro personaje.

Había conocido, por ejemplo, viajando de Europa a Buenos Aires, al sabio naturalista argentino Florentino Ameghino, con quien trabó amistad, y esto a pesar de que desde a bordo comenzaron a discutir acerca del origen del hombre. Esas relaciones duraron hasta la muerte de Ameghino. Cuando éste estaba todavía en dificultades económicas tenía una librería en La Plata y Besson iba a visitarle muy a menudo. Más tarde, cuando fué nombrado director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires, mandó llamar a Besson, a quien hacía un tiempo que no veía, con el deseo de continuar cultivando su amistad.

—Doctor — le decía Besson con picardía en una de sus visitas, — abra un poco la ventana; usted está siempre aquí encerrado con estos huesos secos y necesita un poco de aire, necesita contemplar un poco el azul del cielo...

Escribía Besson oponiéndose a las teorías de Ameghino sobre la descendencia del hombre, pero eso no obstaba para que fuera a verle y le dijera:

—Tengo que escribir un artículo en contra de sus doctrinas. Usted es especialista en estas cuestiones y sabe mejor cuáles son los autores que le defienden y cuáles los que lo atacan. ¡Tiene que darme armas!

Ameghino accedía a lo que le pedía poniendo a la disposición del pastor evangélico su biblioteca e indicándole libros y revistas. Al poco tiempo recibía de Besson un agresivo alegato en contra

de sus ideas. Ambos eran grandes hombres y discutían con altura.

Otro caso anecdótico que pinta su carácter es el ocurrido con el escritor Lasso de la Vega, al cual Besson había tratado en Pocitos.

Una de las veces en que don Pablo se encontraba de vacaciones en la capital del vecino país — cosa que acostumbraba hacer anualmente en el mes de enero — Ossal, que así se firmaba Lasso, escribió en *El Día* un artículo en contra de la Biblia. Y Besson redactó, inmediatamente, otro refutando al pequeño Voltaire, pero, como temiese que no publicaran su trabajo buscó al mismo Ossal y le dijo:

—Mire, señor, yo quiero atacarle por su artículo; aquí tengo mi respuesta al que usted publicó ayer, pero como no conozco a nadie en la redacción del diario, usted debe hacerme el favor de presentarme para que acepten mi colaboración.

La franqueza y la valentía siempre ganan y Ossal introdujo a tan curioso enemigo a la redacción del diario montevideano. El artículo apareció al día siguiente.

Dijo *El Día*:

“El señor Pablo Besson, radicado en Buenos Aires, y que es un erudito en los estudios bíblicos, nos remite el siguiente artículo en respuesta del último del señor Leoncio Lasso de la Vega que apareció en estas columnas”.

A continuación sigue el artículo que concluye de esta manera:

“Si los libros santos fuesen fuentes de aguas estancadas o podridas como los pinta el crítico, no se explicaría cómo ha salido de tal madre tal

cordero, no sólo un pueblo tan activo, tan superior y tan sufrido como Israel, sino también un hidalgo tan superior en santidad, que es llamado "Benito" por Ossal, y por nosotros Jesucristo".

"Los jóvenes y las jóvenes que desde su niñez han sido educados según la Biblia, no son más corrompidos que los compadritos que empiezan por endiosar a la mujer y acaban por asesinarla, cuando no a deshonrarla. Los pueblos biblistas, sin ser modelos de virtud, no son retrógrados, ni más estúpidos, ni más ignorantes que los que condenan el libro y prefieren el juego".

"Si Ossal hubiese hallado lo que busca todavía, en las fuentes de aguas cristalinas que amaban sus padres, no nos hubiera hecho la confesión pública de su profunda melancolía. Mientras le quede sed, le diremos como la voz de San Agustín: Toma y lee".

Poco tiempo después, desde Buenos Aires, volvió a solicitar por carta a Ossal el mismo extraño favor y de nuevo apareció su artículo conjuntamente con la esquila en que solicitaba su publicación.

Tuvo Besson admiradores y amigos entre los hombres de los más destacados círculos intelectuales y políticos; su palabra y sus escritos fueron escuchados o leídos con respeto porque llevaban siempre el sello inconfundible de su personalidad cristiana.

Y, ¿qué decir del bien hecho a sus compañeros de tareas, a pastores y misioneros, que vieron siempre en él un consejero eficaz en sus problemas personales y una enciclopedia viviente para aclarar sus dudas? ¿Quién temía nunca que la

respuesta de don Pablo a una pregunta que se le hiciera sobre cualquier cosa no iba a ser franca, aunque fuera hiriente para quien la formulara?

Una carta particular algunas veces revela al hombre, al cristiano, más fielmente que un escrito producido para la publicidad. La carta siguiente nos descubre el corazón del hermano y compañero.

En días ya lejanos, el 23 de Abril de 1891, el doctor Tomás B. Wood, ese gran hombre de Dios que fué superintendente de la Misión Metodista en las Repúblicas del Plata, envió una carta a Besson anunciándole su nombramiento como director de la obra en el Perú y dadas las dificultades y peligros que le esperaban le pide sus oraciones por aquel país y una "carta de simpatía para consolar su corazón y armar su mano para las duras pruebas que le esperan". Besson le contestó con esta fraternal epístola:

"Muy querido hermano y compañero en el servicio del Señor:

"La carta por la cual tuvo usted la deferencia de comunicarme su traslación al Perú, me causó una pena de corazón, tanto más profunda cuanto que no estaba preparado para esta despedida.

"Por propia experiencia muchas veces repetida, sé lo que cuesta la salida de la patria, y sobre todo la separación de la familia moral y religiosa, que es la comunión con tantos hijos y hermanos en Cristo con los cuales desde tantos años usted estaba viviendo como servidor del Señor.

"La despedida, como la renuncia a la voluntad propia o la pérdida de la vida propia, es una crisis

interior, una muerte a sí mismo, que nadie podría aceptar, sino por la fe y el amor de Jesucristo.

“Cualesquiera que hayan sido sus pruebas y sus aflicciones en las Repúblicas del Plata, y en proporción de estas tribulaciones, usted no habrá trabajado en vano ni habrá soportado sin resultado tales contradicciones, con mucha paciencia.

“Mejor le valdría gozar ya de la tranquilidad y del descanso futuro que irse al Perú; pero el irse, el luchar, el padecer es más necesario por causa del Evangelio. Lejos de enviarle mi pésame, prefiero felicitarlo por la nueva campaña que usted va a emprender en medio de muchas dificultades. “Atribulado, perplejo, mas no aplastado”, usted no desmayará. 2 Corintios 4:6.

“Nunca podré olvidar con cuál benevolencia usted me recibió al desembarcar en Montevideo sin carta de recomendación y dió en su periódico, *El Evangelista*, hospitalidad a mis artículos desde 1882.

“La congregación Bautista, cuyos pequeños comienzos no fueron menospreciados por usted, se asoció a mí el domingo pasado, para pedir a Dios sobre su persona y su obra la bendición del Santo Espíritu.

“Aunque le esperan duras pruebas en su nuevo campo de batalla, no haga caso de ellas, con tal que usted acabe con gozo la carrera como fiel ministro de nuestro Señor Jesucristo.

“Por poco tiempo nos apartamos los unos de los otros para que volvamos a vivir eternamente con Jesús nuestro Señor.

“Esperando su allegamiento a El, le desea espíritu de valor, de amor, de cordura y de paciencia hasta que El venga, su afectísimo consiervo”.

ESCRITOS

ESCRITOS



IN ser literato, el señor Besson escribió muchísimo, pero su producción fué muy fragmentaria y se halla por esa razón dispersa en diarios, revistas y folletos de diversa índole.

En los primeros veinte años de estada en la Argentina escribió artículos en cantidad sobre cuestiones civiles relacionadas con la libertad de conciencia. Como queda dicho algunos de los periódicos en que esos artículos aparecían eran los siguientes: *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*, *La Argentina*, *El Tiempo*, *La Libertad*, *Tribuna*, *Figaro*, y otros, tanto de la Capital como del interior del país. Colaboró además en *Le Courier Suisse*, *Le Journal*, etc.

Entre éstos, los diarios *Figaro* y *Tribuna*, fueron los que más publicaron en sus columnas los escritos de Besson. En las respectivas redacciones tuvo trato con muchos políticos, procurando siempre conquistar entre ellos simpatía para la causa de la libertad religiosa.

Pudo así ver y oír muchas “cosas” de la política con las cuales no quiso nunca transar. “Debido a mis artículos en los diarios — ha escrito Besson, — fuí llamado muchas veces a optar en-

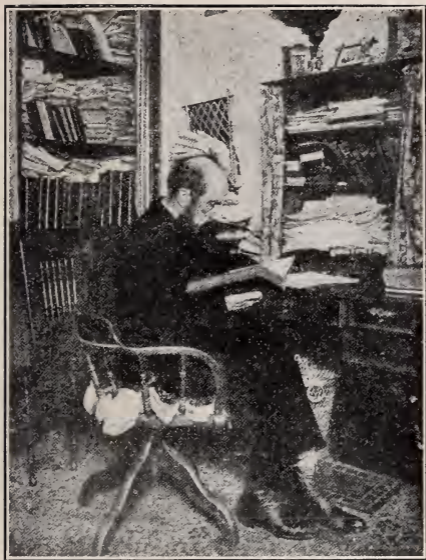
tre la conciencia cristiana y el provecho, el éxito o la popularidad, especialmente cuando hubiera podido aprovechar de mis relaciones con Benjamín Posse, redactor de *Figaro*, y en *Tribuna*, con el general Mansilla, e indirectamente con el Presidente Roca, pero por motivos de conciencia preferí más de una vez dejar de escribir, *briser ma plume*, antes que someterme por adulación a imposiciones extrañas”.

Cierta vez que el Ministro, doctor Eduardo Wilde, se olvidó de ofrecer a la redacción de *Figaro* la colección de sus discursos sobre la escuela laica, don Pablo publicó una nota crítica en que hacía alusión a este hecho y al día siguiente llegó al diario ese libro con una dedicatoria del autor para don Pablo.

Fué miembro de la sociedad de Historia del Protestantismo Francés de París, y corresponsal del importante *Bulletin* de estudios, documentos y crónicas literarias que publica esa acreditada entidad.

Enumerar, por otra parte, los periódicos evangélicos, en toda la América Latina y en España, como asimismo en Francia y en Suiza en que colaboró, sería cosa de no acabar. Millares de artículos se encuentran en todas las revistas y en pequeños folletos que él mismo editaba y en gran parte también repartía.

Estos artículos y “tratados” evangélicos podrían distinguirse, entre muchos otros sin necesidad de leerlos. Basta para ello, la mayor parte de las veces, la simple observación visual de su aspecto gráfico, pues una multitud de citas, en el



Besson en un rincón de su estudio.

texto y de llamadas al pie de él, le dan un aspecto inconfundible.

Su estilo fué *suis generis*; cada párrafo tiene el sello de su personalidad. No hay que buscar, por otra parte, en sus producciones ni poesía ni flores, de las cuales tampoco fué muy afecto, aunque no se tratara de figuras literarias. Muchas veces hay que releer un párrafo para hallar el sentido oculto y profundo. Irónico muy a menudo y siempre franco en el decir, llegaba muchas veces, al escribir sin rodeos, a ser hiriente sin desearlo.

Sus amigos han lamentado que no haya concentrado sus esfuerzos en la producción de alguna obra de mérito, pero hombre de acción constante atendió el urgente llamado del momento, peleando, con la pluma y con la palabra, día a día una lucha de guerrillas, que no le dejó tiempo ni gusto, para trazar y realizar un vasto plan de conjunto que pudiera concretar en alguna producción fundamental que fuera expresión de su saber.

Entre los folletos de mayor tamaño que escribió figuran los siguientes:

En francés: *Clef de Quelques Pasages du Nouveau Testament*, París, 1879; *Michel Servet*, Genève 1903; *Les Antécédents de la St-Barthélemy*, Charente, Francia, 1908; *Pierre Viret et le Jésuite Auger*, Charente, Francia 1911.

En castellano:

Sobre cuestiones civiles: *La separación de la Iglesia y el Estado*; *El Patrono Eclesiástico*; *Secularización del Año Civil*; *La Donación del Nuevo Mundo por el Papa*.

De controversia con la Iglesia Católica: *El apóstol Pedro no estuvo en Roma*; *Apócrifos del*

Antiguo Testamento; La Tumba de los Papas; La Inquisición en Buenos Aires.

Sobre temas bibliográficos: *Una Biblia del siglo XV; Un precursor español de la Reforma. El Tostado.*

Cuestiones religiosas varias: *Reforma del bautismo; Por qué no Sabatisamos; Aspersión e Inmersión; el Nacimiento sobrenatural de Jesucristo; D. F. Sarmiento; etc., etc.*

C. A. Ramseyer, es el autor de una obra en francés de grandes méritos sobre la historia de los bautistas — *Histoire des Baptistes* — impresa en un volumen en 8° de 640 páginas. El señor Besson tuvo su parte en ese trabajo. El autor dice en la introducción que se decidió a escribir el libro “con la colaboración de uno de nuestros hermanos, el señor Pablo Besson, quien ha tenido a bien encargarse de explorar y de consultar las fuentes relativas a la historia de los primeros siglos de la era cristiana”.

En un suplemento de *L’Echo de la Vérite* del 2 de febrero de 1896, dedicado a hacer la apología de ese libro, dice: “La obra ha sido examinada y revisada por el valiente misionero Pablo Besson, de Buenos Aires, que la patrocina y recomienda calurosamente. Es conocida su competencia en estas materias”.

Va sin decir que la erudición de Besson estaba basada en un constante estudiar. Los conocimientos adquiridos en su juventud sólo fueron el principio de toda una vida dedicada a la investigación. Fué siempre uno de los lectores más asiduos de la Biblioteca Nacional, siendo casi proverbial su presencia en ese instituto. Como para pocos, to-

dos los depósitos y salas estaban abiertos para ese constante rebuscador de la verdad.

Constituyeron su predilección los libros antiguos de los cuales desentrañaba datos históricos y críticos. El pastor Juan Uhr, primer misionero bautista sueco en España, escribiendo en *El Expositor Bautista* decía: "Recuerdo desde hace muchos años a este luchador, don Pablo Besson. Vino a Valencia al principio de mi estada aquí, hace como veinte y cinco años; no recuerdo mucho de lo que dijo e hizo, pero esto sí, que fuimos a la Universidad, y allí preguntaba por libros antiquísimos para sacar apuntes. El bibliotecario se vió apurado; nadie había pedido tales libros antes". Esta es la historia repetida en cada ciudad y biblioteca que pisaba.

Era su pasión hurguetear libros y papeles para copiar y dar a la publicidad, o bien archivar datos con el fin de utilizarlos en el momento oportuno. Dentro de cada libro de su numerosa biblioteca particular había un sin número de pequeños recortes de diarios y revistas y de notas copiadas por él, ya en castellano, en francés, alemán, latín, griego, etc., que trataban del mismo tema que el libro en el cual los colocaba.

En diversas oportunidades algunas de las revistas populares de Buenos Aires, publicaron artículos y reportajes referentes al señor Besson. En una de ellas, por ejemplo, encontramos un artículo aparecido en el año 1910 y que, firmado por Claudio *Ducha*, ocupa dos páginas y está ilustrado con varias fotografías. Empieza diciendo el cronista:

"En mis visitas de todas las tardes a la Biblio-

teca llamábame frecuentemente la atención, un asiduo concurrente, hombre de figura apostólica, de rostro curtido y severo, de rala barba castaña, de enormes ojazos, repletos de dulzura, en que se vislumbra un alma; ancha la frente que surcada de arrugas, como sus pómulos, acusan una vejez llena de fortaleza. Sobre su mesa, los empleados del establecimiento, formaban inmensa pila de libros, que él abría y cerraba con rapidez, después de sacar breves apuntes; tan pronto parecía abismado en la lectura provechosa, con dedicación ejemplar, como presto, se levantaba para discutir con vehemencia temas muy diversos, con sus vecinos de mesa, distintos cada día”.

El Mundo Argentino, en uno de sus números del año 1923, publicó un artículo acerca de la Biblioteca Nacional, acompañado de una página de fotografías entre las cuales aparece Besson leyendo en la sala de lectura. El articulista dice de él:

“En nuestra visita a la casa tuvimos un agradable encuentro. Vimos a Pablo Besson, traza entre darwinesca y tolstoyesca, que seguía, después de cuarenta años, tomando a toda prisa sus notas. Sabio, miembro corresponsal de sociedades extranjeras, sacerdote protestante que entre sus comentarios a la Biblia desenfunda el violín y toca y canta en coro, allí en su capilla de barrio, construída con su patrimonio — es el señor Besson el estudiante más antiguo y singular entre los que diariamente concurren a la Biblioteca”.

“Tan absorbido estaba que, cuando lo arrancó del garrapateo obstinado el fogonazo de nuestro fotógrafo, después de levantar asustado la cabeza, exclamó riendo: “Ha sido una traición”. Y



Besson en la Biblioteca Nacional.
(Fotografía publicada por Mundo Argentino).

para castigarme (¡curioso castigo!), nos obsequió con una de sus hojillas polémicas volantes. La que nos dió se llama "Manuel Belgrano, editor de un comentario del Apocalipsis", y habla de la venida del Mesías y de la Inquisición de Lima".

"Al volver de nuestro paseo por la casa, don Pablo continuaba su altercado con la Iglesia ("El apóstol Pedro no estuvo en Roma", folleto publicado hace veinte años), pues departía, si bien *sotto-voce* muy animadamente con un señor cura".

Quédanos por hablar del trabajo escrito más importante de Besson: la traducción del Nuevo Testamento, hecha del griego al castellano. Estudioso profundo de las Sagradas Escrituras con conocimientos lingüísticos del hebreo y del griego, con un método histórico gramatical, opuesto al alegórico, de interpretación, tuvo verdadera pasión por la crítica textual. Como hombre de gabinete, ésta fué su especialidad por encima de toda otra. Multitud de sus folletos y artículos se refieren a la mejor traducción o interpretación de algún pasaje bíblico. Hasta sus últimos días era imposible salir de su casa sin haber escuchado algo sobre el original hebreo o griego de algún texto de las Escrituras.

Esta predilección dió por resultado una versión completa del Nuevo Testamento de la que fué autor, versión que publicada por partes en los periódicos evangélicos *El Testigo* y *El Expositor Bautista*, apareció en un volumen el año 1919. Sólo un helenista como él podía afrontar tarea tan difícil con probabilidades de éxito.

Podrán juzgarse los méritos de dicha traduc-

ción por las dos notas bibliográficas que transcribimos a continuación.

La acreditada y autorizada revista *La Reforma* de Buenos Aires comentó el trabajo de Besson en la siguiente forma:

“Las múltiples tareas del señor Besson nos tenían acostumbrados a los más sorprendentes éxitos en todos los campos en que fueron aplicadas.

“Pero esta traducción del Nuevo Testamento, que acaba de publicar, supera en mucho todo lo que era legítimo esperar de un hombre que ya tanto ha dado de su alma, de su talento y de su eximio saber.

“Traducir el Nuevo Testamento por preparado y competente que pueda ser el que acomete la empresa, no es cosa baladí. *La Reforma* ha tratado ampliamente el tema bajo todos sus aspectos, y los lectores están habilitados para apreciar todo esfuerzo de ese género como una hazaña literaria de primer orden.

“El señor Besson ha hecho una traducción sobresaliente por bondad y méritos reales y propios.

“El señor Besson es un innovador, y un innovador audaz. Su versión, en efecto, sale de los métodos ordinarios. No es una pesada y arbitraria substitución de un idioma a otro. El señor Besson discute, razona su texto, motiva, en las lecciones discutidas, su elección, consigna los códices en que se apoya, en una palabra, hace obra viva, interesante e instructiva al mismo tiempo, pues proporciona al estudioso los elementos para juzgar directamente y formarse un

criterio propio en cuestiones tan controvertidas y tan arduas como las que atañen a la filología del Nuevo Testamento”.

“Esto no impedirá que algunos de los juicios del señor Besson, así como su elección del texto, y varias de sus opiniones teológicas y eclesiásticas, susciten resistencias. La personalidad del señor Besson es demasiado definida para no destacarse con brusquedad, a veces con violencia, en el cuadro de la generalidad. Pero lejos de quitar valor a su obra, ha de contribuir a hacerla más y más eficaz y duradera”.

Luego de hacer algunas observaciones y objeciones a ciertas notas colocadas al pie de varios textos, concluye *La Reforma*:

“Deseamos al señor Besson el mejor éxito para éste su muy importante trabajo. Y estamos seguros que, si lograra la difusión que merece, no tardará en dar frutos de cultura y de sana educación cristiana, en lo que ha de consistir — no nos cabe la menor duda — la mejor recompensa para tan valiosa labor”.

Otra apreciación interesante acerca de la versión Besson la hallamos en un artículo del pastor Juan C. Varetto que copiamos íntegramente. Dice así:

“Cuando salió a luz la versión del Nuevo Testamento hecha por nuestro veterano don Pablo Besson me interesé en saber qué méritos le contraban aquellas personas que por no conocer personalmente al traductor podían dar una opinión que fuese del todo imparcial.

“Allá por el año 1921 me encontraba en la República de Guatemala colaborando con el mi-

sionero don Enrique Strachan en una vasta campaña de evangelización. Nos acompañaba el profesor don Roberto C. McQuilkin, hombre muy versado en las lenguas originales de la Biblia y conocido expositor de la misma, cuyos escritos se publicaban en la revista *Sunday School Times* y actualmente director de una Escuela Bíblica en su país, los Estados Unidos. Este hermano tan singularmente dotado era el que se encargaba, en nuestra campaña, de dirigir estudios bíblicos para los creyentes, los cuales resultaban sumamente edificantes y provechosos.

“El habla inglés de modo que necesitaba siempre de un intérprete. Cuando se preparaba para esta tarea, se hacía leer todos los textos que iba a emplear en su estudio, para estar seguro de que nuestra traducción expresaba la misma idea que él se proponía dar a sus oyentes. ¡Y aquí sí que se trataba de algo muy difícil, porque él era un hombre que se fijaba en todos los detalles lingüísticos y pocas veces nuestras traducciones comunes le satisfacían! Un día le dije: vamos a probar la versión de Besson. Lo hicimos y grande fué mi sorpresa al descubrir que todos los puntos que él consideraba defectuosos en las otras versiones se hallaban correctamente traducidos en ésta. Desde aquel día nuestro buen hermano, que había aprendido suficiente castellano como para leer por sí mismo nuestras traducciones estaba siempre con el Nuevo Testamento de Besson y no cesaba de hacer los más altos elogios del mismo, por la exactitud que encontraba. Recuerdo dos pasajes de los muchos que comprobó estar mejor traducidos; Romanos 6:4, donde Va-

lera dice "Cristo resucitó" Besson traduce "Fué levantado". En el primer caso sería Cristo que se resucita a sí mismo, en el segundo, que es el correcto, es Dios quien le resucita. Efesios 2:8, en lugar de traducir "sois salvos" traduce "habéis sido salvados" que corresponde enteramente al original griego".

Besson ha corregido su propia versión y le ha agregado breves notas introductorias a los diversos libros; una nueva edición llevaría estas correcciones efectuadas por su autor.

HACIA UNA NUEVA AURORA

HACIA UNA NUEVA AURORA



VIDENTEMENTE a los setenta años de edad, Besson, aunque no padecía de enfermedad alguna, denotaba de manera inconfundible el efecto de los muchos años de fatigas y desvelos.

Pese a su tenaz oposición, sus amigos creyeron llegado el momento de tributarle un homenaje que expresara su gratitud por la obra realizada durante treinta y seis años de actividad en la Argentina. Con tal motivo, el 4 de abril de 1918 se reunieron en el Avenida Palace Hotel un considerable número de pastores y amigos para un *five o'clock tea*, y a la noche en el templo de la calle Estados Unidos una muy numerosa concurrencia, presidiendo ambos actos el pastor Roberto M. Logan.

Llegaron una inmensa cantidad de cartas de todas partes de la República y asimismo del Uruguay; mensajes que, dirigidos por sociedades y particulares de la más diversa índole y tendencias religiosas, expresaron el respeto y el cariño sentido para con tan fiel siervo de Cristo.

El conocido escritor y periodista, señor Constanicio C. Vigil, le envió las siguientes líneas:

“Saludo con mi gran estimación y afectuosos

sentimientos al señor Pablo Besson, y lamento no poder acompañarlo en la hora justiciera que le deparan sus amigos. Me asocio de corazón al homenaje como un convencido de la intensidad y eficacia de su obra y de la abnegación tan pura y noble con que le ha consagrado lo mejor de su vida”.

En esa ocasión el doctor Reavis, de la Iglesia de los Discípulos, expresó:

“Al llegar a Londres todos empezaron a preguntarme si había visto a San Pablo (la catedral) y en el Río de la Plata la primera pregunta era si había visto a don Pablo”.

El doctor Drees, pastor metodista ya veterano, dijo refiriéndose al espíritu de lucha de su colega bautista:

“Mi primer recuerdo de don Pablo es de cuando estaba acometiendo a algo o a alguien. Y somos pocos los que no hemos sentido la punta de su espada, pero todos le somos deudores. En toda emergencia, su saber, su inteligencia y valor, siempre han valido de antemano la victoria para la causa evangélica. Me alegro de que su arco haya conservado su fuerza”.

Hablaron, además, otros hermanos. Estuvo también presente el Ministro de Suiza, señor Arturo de Pury.

Al contestar Besson lo hizo con el mismo espíritu de humildad de siempre y luego de agradecer a todos su amabilidad dijo: “No tengo ni una sola palabra: estoy achicado; no estoy en mi elemento. No me corresponde estar acá con tanta etiqueta, sino entre mis leprosos del lazareto”.

Era justamente el día de la semana en que

acostumbraba visitar a los leprosos del hospital Muñiz y en contra de su voluntad había tenido que faltar para asistir a la fiesta celebrada en su honor.

Refiriéndose a las alusiones que varios amigos habían hecho a sus *peleas*, agregó: "Yo también he recibido mis heridas y no me gustan. Quisiera explicar por qué soy *peleador*; mi padre siempre me reprochaba mi cobardía, porque huía de las peleas. Estoy convencido de que no vale la pena pelear por sí mismo, ni vivir para sí mismo. Si he peleado, nunca lo he hecho por cuestiones personales. He peleado porque la verdad me impulsaba a hacerlo y no por capricho, ni gusto. No soy derrotista, aunque confieso que muchas veces he sido derrotado. La cruz era una derrota, pero Dios sacó de ella la victoria".

Exhortó a todos a luchar, a no tratar de eludir la responsabilidad. "Jóvenes, terminó, resistid, mientras nosotros los viejos nos marchamos" (1)

En las palabras que acababa de pronunciar estaba descripta una de sus muy especiales características. Ese luchador así fuerte y enérgico, tenía una nota que a primera vista podía parecer pesimismo. Fué amigo de la derrota; constantemente, aun victorioso, se consideraba derrotado y vencido, porque, como él decía, cuando lo vencían tenía nuevos motivos para seguir luchando. Hay en ese espíritu, sin embargo, algo paradójicamente cristiano porque es en la humillación y en la derrota, algunas veces, donde está el principio de la verdadera grandeza y de la verdadera victoria.

(1) *El Expositor Bautista*. Mayo de 1918.

Así por ejemplo, cuando las huestes del mal arremetieron contra Jesús, cuando los fariseos y los escribas consiguieron aprenderlo y llevarlo ante Pilato para que lo condenara, cuando, por fin, lo clavaron en la cruz ignominiosa, parecía que el triunfo del mal y las tinieblas estaba proclamado; sin embargo, esa muerte, ese fracaso, esa vergüenza, fueron en las manos de Dios el triunfo y la victoria del cristianismo porque El los transformó en la mañana gloriosa de la resurrección, en salvación, en vida y en esperanza para los que estaban muertos en sus delitos y pecados.

Y si, más tarde, en aquel momento en que el apóstol Pablo, después de haber consagrado su vida y sus energías a la causa de Cristo, cuando ya anciano y cansado se encontraba en un inmundo calabozo en Roma cargado de cadenas; si en ese momento en que Nerón prepotente tenía en sus manos la vida del apóstol, como la de mil otros cristianos, si en ese momento, decimos, hubiéramos preguntado a los hombres cual era el vencedor, nos habrían contestado: ¡el César, la fuerza, el paganismo!

Bien, han pasado veinte siglos y, como lo dijo un escritor cristiano de nuestros días: "Los hombres ponen a sus hijos el nombre de Pablo y a sus perros el nombre de Nerón!" ¡Cuán verdadera aquella palabra apostólica que afirmó que lo flaco de Dios es más fuerte que los hombres; que lo necio del mundo escogió Dios para avergonzar a los sabios, y lo flaco para avergonzar a lo fuerte; y lo vil, y lo menospreciado, y lo que no es, para deshacer lo que es!

Su vigor mental, luego de un rápido descenso

en esta época, pareció volver a fortalecerse, y aunque muchos de sus compañeros de tareas creyeron que había llegado el momento de su retiro del trabajo activo, eso no sucedió porque acostumbrado a la continua labor no pensaba siquiera en abandonarla hasta que cayera en ella.

Durante nueve años más iba a permanecer en el pastorado de la iglesia; es natural que no podían seguir siendo los tiempos tan fructíferos como los de antaño. Por causas fácilmente comprensibles el grupo que había formado en la época de vigor, lo vió disminuir gradualmente en forma normal por traslados o fallecimientos, y en cambio, resultaba, humanamente hablando, cada vez más difícil alcanzar nuevos elementos.

El 28 de junio de 1925 marcaba el final de una parte de sus trabajos con la celebración del último culto en francés bajo su dirección. Tuvo ese acto el carácter de un homenaje. Aunque casi todos sus esfuerzos los había dedicado a la obra en castellano, predicó siempre, una vez por semana, en francés y mantuvo ese culto para los diferentes elementos protestantes de esa lengua. Transcribimos el relato de la última reunión hecha por su compatriota, señor Emmanuel Galland:

“Muchos amigos de afuera y de otras denominaciones manifestaron con su presencia su cálida simpatía hacia el señor Besson. La Legación Suiza había enviado un representante y el venerado pastor William C. Morris, fundador y director de los Institutos Filantrópicos Argentinos, encargó al señor José M. de la Rúa, inspector de enseñanza secundaria, de reemplazarle en dicho acto. Notábase también la presencia de un pastor me-

todista, de dos secretarios de la Y.M.C.A., de miembros destacados de las colectividades francesa y suiza”.

“Al principio del servicio recordó las etapas del esfuerzo sostenido en el transcurso de cuarenta y cuatro años por el señor Besson, en favor de los protestantes de habla francesa”.

Después de historiar esos esfuerzos, agrega:

“Imposible enumerar los servicios prestados por el pastor Besson a un sinnúmero de personas: casamientos, entierros, cursos de instrucción religiosa, predicaciones, visitas, consejos, trámites, etc., etc. En el curso de los últimos años, el señor Besson a causa de su sordera, había visto su auditorio del culto en francés reducirse cada vez más. Pero, no obstante esa defección, que se explica desde el punto de vista humano, la figura de don Pablo es una figura que se ha impuesto a nuestro respeto y a nuestra gratitud por su dedicación sin límites, su coraje intrépido, su fidelidad perseverante hasta los setenta y siete años de edad”.

“Hace algunos años, caminando a su lado, le ví pararse de repente, y al recuerdo de algunos relatos que me hacía, las lágrimas brotaron. ¡Oh — exclamó — si yo pudiera comenzar la vida y hacer mejor empleo de mi tiempo! El señor Besson es un pobre y un humilde, y en él existe una grandeza evangélica que impone”.

“Al terminar el culto, la joven organista presentó al señor Besson un paquete que contenía una linda y abrigada “robe de chambre”. Se volvió a levantar don Pablo, y, con voz ronca dijo en forma alegre y conmovedora a la vez: *¡Me tratáis*

mejor que a mi Maestro! A él en el momento de la muerte le dejaron desnudo sobre la cruz, y a mi me dáis un vestido. ¡Gracias!"

Pasados algunos años más y ante la evidencia de sus fuerzas gastadas, de su mente semi-nublada y del trabajo paciente de su buena esposa, fué posible convencerle de abandonar el trabajo del púlpito y buscar en el retiro el descanso necesario para su organismo.

El 13 de marzo de 1927, cuando contaba casi setenta y nueve años de edad, la Iglesia se reunió para oír la renuncia presentada por su amado fundador y pastor. Al hacerlo, con un admirable espíritu de humildad, se expresó en los siguientes términos:

"Como mi estado de salud se halla bastante quebrantado, a causa de la edad y de los múltiples esfuerzos realizados durante mi ministerio, creo llegado el momento oportuno de presentar mi dimisión como pastor de la iglesia, dejando así lugar a un nuevo pastor, más joven, con energías e iniciativas para que pueda llevar adelante la iglesia con nuevas actividades y pueda ésta entrar en una nueva era de progreso".

Hizo notar que después de formada la iglesia con un grupo de hermanos, lamentó que no pudo dedicar todo el tiempo y cuidado que realmente necesitaban esas almas ganadas para Cristo, porque se entregó a la tarea de abrir el camino para los que vinieran más tarde, como ya era notorio a todos, tocante a la lucha en favor del Registro Civil y de la abolición del Patronato Eclesiástico.

Ya hacía muchos meses que casi no podía pre-

dicar y cuando lo hacía era solamente por breves minutos.

En esa misma reunión la agradecida congregación llamaba al pastorado a un nuevo obrero cristiano.

Para don Pablo fué triste, como una terrible pesadilla, el último mes de permanencia en su casa de la calle Estados Unidos. Deshizo en esos días su buena biblioteca donando la mayor parte de los libros al Seminario Evangélico Bautista y otros a algunos amigos y reservando para sí los más favoritos como ser los comentarios de Godet y Oltramare y las distintas versiones de la Biblia. Fué sin embargo más duramente desgarrador para él el día de su partida. Llorando como un niño abandonó la casa que había edificado y en la cual había vivido, predicado, gozado y sufrido durante tanto tiempo.

Fué a vivir a un pueblo tranquilo y bello, Ranelagh, situado a una hora de ferrocarril de Buenos Aires, en un diminuto chalet. Constituían los habitantes de la casa doña Margarita, don Pablo y una anciana como ellos que hacía muchos años tenían para el servicio doméstico, doña Petra Pallares, española convertida a Cristo en su patria y fiel creyente hasta el día de su muerte.

Estos tres ancianos, a cada cual más, formaban un conjunto que don Pablo con su espíritu seriamente humorístico de siempre calificaba de: "Un museo de antigüedades bautistas".

Una razón muy especial había influído en la elección del lugar de residencia. A pocos metros vivía el señor Carlos Graham, hijo de doña Margarita, con su esposa doña Anita de Graham y



Margarita Mealley de Besson

sus hermosos hijitos. Para la anciana abuelita fueron esos los años más apaciblemente dulces de su vida al verse constantemente rodeada de sus nietitos, para quienes tejía en lana con placer, como antes lo había hecho para los heridos de la guerra o para los pobres.

Mucho costó, en cambio, a don Pablo, acostumbrarse a su encierro. Sin embargo por varios años continuó en relativa actividad. Por espacio de cuatro años más asistió infaliblemente a la reunión de la Santa Cena de su iglesia, el segundo domingo a la tarde llevando cada mes un mensaje lleno de vida y de poder espiritual. Durante mucho tiempo siguió visitando la Biblioteca Nacional y a sus amigos, a más de otras salidas que efectuaba para predicar en diversas iglesias.

Por otra parte alguien apodó a Ranelagh la "Meca bautista", debido al interés por visitar aquel sencillo hogar demostrado por los viajeros evangélicos llegados al país.

Todos los años, el día 4 de abril, que lo era el de su cumpleaños, los pastores de la Capital y un grupo de amigos se reunían en su casa con el objeto de saludarle y rodearle de simpatía cristiana.

Con motivo de su 80º cumpleaños la Convención Evangélica Bautista de las Repúblicas del Plata resolvió celebrar una gran reunión de homenaje, pero ante su insistente negativa fué necesario no llevar a cabo el acto. En los últimos años fué nombrado Presidente Honorario de dicha organización.

La muerte de doña Petra, a la cual la señora de Besson veló solícitamente en su agonía, afec-

tó indudablemente al anciano matrimonio que veía en aquella el anuncio de su próxima partida.

Poco más tarde Besson recibió serenamente la muerte de su esposa acaecida el 18 de junio de 1931. El único deseo de ella era el de quedar hasta después de su esposo para cuidarle hasta el fin. ¡Cuánto bien hizo esta dama cristiana al veterano, especialmente en los últimos tiempos en que el anciano pasó por algunas horas un tanto oscuras debido al cambio producido entre la actividad anterior y la pasividad en que vivía y también al debilitamiento progresivo de su capacidad de razonar! ¡Con cuánta paciencia sobrellevó algunas de las excentricidades comunes a todos los que tienen algo de genial que no faltaron en Besson! El Señor la llamó y acudió apaciblemente, tan dulcemente como había vivido, plenamente confiada en Aquel que había dado su vida para redimirla.

Solo, en aquella casa en la cual había compartido la vejez con la esposa perdida, inactivo y casi sordo, iba llegando, es verdad, al ocaso de su vida, pero también, y más realmente aún, se acercaba con rapidez a la aurora del nuevo y resplandeciente día de la eternidad.

¡MUCHAS GRACIAS, DON PABLO!

¡MUCHAS GRACIAS, DON PABLO!



EL Domingo 26 de julio de 1931 a la tarde el amplio salón de la Casa Suiza de Buenos Aires, albergaba a una concurrencia de unas mil personas reunidas para festejar el cincuentenario de la llegada al país del señor Besson.

Ocupaban la plataforma representantes de los distintos grupos evangélicos que actúan en la Capital Federal, algunos delegados del interior y los pastores de las iglesias bautistas de la ciudad y pueblos circunvecinos, que, conjuntamente con aquella multitud, estaban allí para glorificar a Dios por los beneficios recibidos por medio de su siervo y, además, teniendo en cuenta el consejo apostólico de "sed agradecidos", dar las gracias al anciano veterano por el bien hecho a la causa. Esa reunión sirvió también para animar la fe de los hermanos y para predicar una vez más el Evangelio.

De la versión taquigráfica de los discursos pronunciados tomamos algunos párrafos que hablan del alto concepto que todos tenían de la obra realizada por Besson durante medio siglo en la Argentina.

El señor William C. Morris, pastor de la Iglesia

Anglicana, amado y conocido Director de los Institutos Filantrópicos Argentinos, verdadero apóstol de Jesucristo, dijo:

“Delante del gran ejemplo de una vida preparada y consagrada, de esta gran vida que estamos rodeando esta tarde en señal de gratitud a Dios, quisiera que recordáramos esto: que la gracia recibida, poca o mucha, nos capacita para recibir mayor gracia; gracia por gracia.

“Estos cristianos que producen tanto, que comunican tanto, dejan tras sí estelas de luz y cuando se alejan dejan el mundo más rico de lo que lo encontraron.

“Al rodear afectuosamente esta tarde a nuestro venerable hermano Besson, adalid esforzado del Evangelio durante largos años, alegrémonos y demos gracias a Dios, ensalzando la gracia divina que ha sido tan abundante en él”.

El Obispo de la Iglesia Metodista Episcopal, señor Jorge A. Miller, dijo en su disertación:

“La mayoría de los hombres son, en su vida, un reflejo de la época en que actúan. Muchos de nosotros somos frutos de nuestra época. En cambio, hay otros hombres cuya vida ha dominado la civilización, cuya vida ha tenido gran influencia en la civilización de la época en que vivieron. Es innecesario decir en cuál de las dos categorías se han encontrado por cincuenta años el servicio ministerial de nuestro muy querido amigo don Pablo Besson. El ha sido uno de los hombres que han dominado la civilización. Ella no es sino el producto de la actuación de estos hombres destacados”.

El señor Emmanuel Galland presentó “el ho-

menaje de respeto, de admiración y de gratitud" y lo hizo en nombre de la Iglesia Evangélica Valdense y del Comité de la Iglesia de Habla Francesa, y agregó:

"En tercer lugar quisiera ser el portavoz de las iglesias nacionales y libres de la Suiza francesa, porque sé que si en Ginebra, en Neuchatel o en Lausana, se hubiese sabido que se celebraba hoy el cincuentenario de la llegada de don Pablo a Buenos Aires, centenares de mensajes de salutación habrían venido. Quisiera ser yo el intérprete de ellos para decir a don Pablo que es un digno exponente de su patria, la Suiza francesa. Se encuentra aquí el encargado de negocios de Suiza, para demostrar que aquel país está agradecido a don Pablo por el fiel, intrépido y valiente mensaje y testimonio que ha rendido a la causa de Cristo, su bienhechor".

De la congregación de "Los Hermanos" habló el señor Jorge French, diciendo entre otras cosas:

"Como bien se ha dicho ya, el gran luchador es el que al caer vencido se levanta para volver a luchar. Y el hermano Besson encarna esa idea. Y creo que puede él muy bien recordar con gratitud a Dios la verdad de las Sagradas Escrituras: "aquel que siembra, siega, si no desmayare"; él no ha desmayado y el fruto de la obra que inició hace cincuenta años lo tenemos exteriorizado en esta magna asamblea".

El Doctor W. E. Browning, en nombre de la Iglesia Presbiteriana presentó sus saludos "a los hermanos bautistas, y, en particular al viejo campeón de la libertad de conciencia, don Pablo Besson".

La Iglesia de los Discípulos de Cristo estaba representada por el señor Silvio Azzatti:

“Hay hombres, expresó, que dignifican y enaltecen todo cuanto tocan y hacen de las funciones, aun subalternas, obras bellas; uno de ellos fué don Pablo, y eso es tal vez, lo que más se destaca en él: el hombre, su virilidad, su temple, su conducta, su carácter cristiano”.

Estando en la asamblea el doctor Angel Giménez, ex-concejal y diputado nacional por la Capital en representación del Partido Socialista, fué invitado a hacer uso de la palabra y lo hizo usando términos como éstos:

“Eran por los años 88, 89 y allí — en la Biblioteca Nacional — encontraba siempre a este hombre trabajando, escudriñando en los libros la verdad, para derramarla después en sus prédicas o en sus folletos, o en sus artículos, que nosotros, niños y jóvenes, leíamos en la cuarta página de los diarios. He sido un lector entusiasta y he aprendido una porción de datos y conocimientos en las publicaciones fragmentarias de don Pablo Besson”.

“Guardad, — dijo exhortando a la juventud, — los sanos consejos, el ejemplo de honestidad, de austeridad, de profunda convicción y de gran fe que os brinda don Pablo Besson. Y que en la edad propecta podáis decir, como puede decirlo él, mirando hacia el pasado: Mi vida ha sido una línea recta, nada tengo de que avergonzarme; siempre he sido fiel a mi norma de conducta y he alentado mi ánimo para la lucha, para el trabajo, que hace amar la vida y labra el porvenir”.

Entre los bautistas que hablaron estaba el pas-

tor Gabriel Ostermann, cuya conversión se debió a la instrumentalidad de Besson. De sus palabras tomamos las siguientes:

“Resumiendo mis experiencias para terminar, diré a vosotros, en voz baja como para no ser oído, quién es este pastor, reformador, conquistador, que todos conocemos por don Pablo Besson. Primero voy a decir que es un fiel y bien conocido testigo de Cristo. Después un excelente amigo que nunca retira su amistad. También es un consejero bueno y desinteresado. Además un fogoso predicador de una elocución justa y vigorosa. Y lo mejor, que es de un carácter amable, abnegado, bondadoso y desprendido, cosa que podría probar con hechos concretos si la ocasión se presentara. Hombre de firmeza irreductible, de palabra sin rodeos, convincente e incisiva que despierta y hace bien a todos”.

El pastor Juan C. Varetto describió bien, en el último de los discursos de la tarde, a Besson, cuando dijo:

“Cuando estaba una vez encantado leyendo algo de Guillermo Farel, el hombre que llevó la Reforma a la tierra de don Pablo, aquel valiente reformador que huyendo de Francia fué llevando la buena simiente a aquellas tierras montañosas, haciendo frente a la oposición ardiente que en todas partes encontraba, pero sin amedrentarse de los enemigos, luchando de mil maneras hasta conseguir que la verdad gloriosa brillase en un faro ardiente de luz, no pude menos que encontrar similitud entre el apóstol de Suiza y el hijo de Suiza: don Pablo Besson, un nuevo Farel, el Farel que lucha, el Farel que trabaja, el Farel

que combate al Anticristo, el Farel que implanta la reforma”.

“Pero, señores, tenemos que notar otra cosa, Don Pablo no era un mero polemista. Un hombre que lo describió muy bien fué el doctor Alfredo Palacios. Dijo discutiendo una vez con don Pablo: “Usted es un anticlerical y un gran místico”. Esto es lo que muchos no tienen. El es un anticlerical y es, ante todo, y sobre todo, un hombre de Dios, un hombre que nace de nuevo, un hombre que experimenta la gracia de Dios en el corazón”.

Muchas otras iglesias, organizaciones y particulares de la Capital, del interior del país y del extranjero enviaron sendos telegramas y cartas de adhesión y simpatía.

Apoyado en su bastón y en medio del recogimiento general don Pablo se puso de pie para agradecer a todos lo que había oído, y lo hizo con palabras que demuestran su verdadera humildad y grandeza espiritual. Con voz potente habló así:

“¡Gracias, gracias, gracias!! No debemos atribuir al hombre los méritos que no tiene. Si he hecho algo, ha sido por la gracia de Dios; y si he podido hacer algo bueno, ha sido por la gracia de Dios.

“Estoy muy agradecido a vosotros, por vuestra presencia; muy agradecido por los buenos discursos que han pronunciado nuestros amigos y hermanos en la fe. Pero al reconocer con gratitud vuestra buena voluntad y vuestra presencia en esta sala de reunión, no debo atribuir al hombre lo que no le corresponde.

“Soy un pobre pecador, un miserable pecador,

que ha sido salvado por la fe en el Cristo Redentor. Si alguien merece y es digno de ser honrado, de recibir honra, gloria, poder y corona, es Jesucristo, el Cordero de Dios, la víctima expiatoria que pagó nuestras faltas, que borró nuestras deudas. ¡Gracias a El, a Cristo, nuestro Salvador! Demos gracias a Dios y Padre que nos ha enviado al Cristo a redimirnos con su sangre. No por buenas obras nuestras, sino por la sangre de Cristo hemos sido redimidos.

“Pongámonos todos a los pies del gran Salvador Jesucristo; pongámonos todos a su servicio hasta que viniere El, hasta que digamos: Bendecido aquel que viene en el nombre de Jehová. Que Dios os acompañe, pues hasta el gran día de la reunión de los hijos de Dios, salvados por la sangre de Cristo Jesús, nuestro Redentor!”

La grandiosidad de la asamblea que se realizaba, la biografía de Besson relatada, haciendo notar sus afanes, luchas y victorias, su presencia en ese acto, todo fué altamente inspirador y constituyó un llamado a la lucha y consagración, especialmente a la numerosa juventud allí reunida. ¡Con cuánto fervor y entusiasmo la congregación entonó el cántico de victoria:

Firmes y adelante
Huestes de la fe,
Sin temor alguno
Que Jesús nos ve.
Jefe soberano
Cristo al frente va
Y la regia enseña
Tremolando está

Sí, todo en esa tarde parecía decir: ¡Firmes y adelante, hermanos y amigos! ¡Firmes y adelante, alentados por el ejemplo de vidas consagradas como las de los varones que, como don Pablo Besson, nos precedieron en la lucha! ¡Firmes y adelante, por el deber de gratitud que debemos a Dios y por la responsabilidad de satisfacer las necesidades espirituales de las multitudes! La causa evangélica está en marcha, Dios está con ella, ¿quién la detendrá?

EN POSESION DE LA BIENAVENTURANZA

EN POSESION DE LA BIENAVENTURANZA



ESSON vivió todavía un año y medio después del acto anteriormente descrito. Al desgaste general, y muy especialmente psíquico de su organismo, se agregaron otros males que concluyeron por posttarle físicamente.

Alojado en los últimos meses en la casa de los esposos Graham, recibió de ellos solícitos cuidados hasta el momento de su partida.

Al visitársele se le encontraba siempre leyendo su Nuevo Testamento en griego y rodeado de revistas y libros en los que ya no se ocupaba con tanto placer. Desde unas semanas antes de su muerte, y cuando ya no podía levantarse más, expresaba sus sentimientos diciendo a los que lo visitaban: "Es una suerte que la salvación no es por obras sino por gracia ¿qué obras podría hacer yo ahora? ¿qué obras he hecho para merecer mi salvación? ¡Nada, nada pero Cristo lo hizo todo!".

Esto fué lo que siempre pensó y es lo que le oímos afirmar de nuevo la última vez que le escuchamos poco antes de morir: "Nada soy, nada valgo, no tengo obras propias que invocar para

mi justificación, sola y sólo la gracia divina me sostiene y me salva!"

A las 0.20 del día 30 de diciembre durmió en el Señor.

Fué el día del sepelio, el último día del año 1932, el más bochornosamente caluroso que por mucho tiempo había sufrido la ciudad de Buenos Aires. Junto con el año había terminado su vida el apóstol evangélico cuya grande obra podía apreciarse por la magnitud del duelo a que dió motivo el entierro de sus restos. Una multitud de hermanos en la fe, de amigos, de hombres y mujeres venidos de todos los extremos de la ciudad y del interior del país, como asimismo el señor Ministro de Suiza, ofrecieron el tributo de su presencia en el acto del sepelio, haciendo pensar con sus expresiones de amor y de gratitud que había caído un valiente.

A la hora del servicio religioso, el templo de la calle Estados Unidos, en el cual había predicado durante tantos años, ofrecía un aspecto emocionante. El ataúd abierto permitía ver la yerta figura cuyos rasgos fisonómicos algo más contraídos que en vida le daban la expresión de energía y de valor inquebrantable; la bandera suiza que pendía del féretro como homenaje cariñoso de sus compatriotas; las numerosas coronas, palmas y ramos florales, formando conjuntamente con las palmeras de delgadas hojas, una verdadera muralla perfumada artísticamente dispuesta; detrás, y como coronando el conjunto que ofrecía la plataforma, el vitraux iluminado que dejaba leer las palabras eternas: **Dios es amor**; la multitud, que llenando apretujada y de bote en bote el re-

cinto, llegaba hasta la calle, y, además, de todo ello, el recogimiento de las almas durante los cánticos, oración y alocución del culto celebrado, hablaba elocuentemente del afecto que el patriarca se había granjeado entre los que se sentían sus hijos, sus hermanos y sus amigos en la fe y en las luchas a favor de la libertad y del bien.

¿Y qué decir del cortejo formado por larga caravana de automóviles que acompañaron sus restos hasta el cementerio de los disidentes y de la masa de concurrentes que esperaba allá para engrosar el séquito?

Las voces de hermanos de diferentes denominaciones evangélicas, y de la propia que resonaron junto a la tumba hicieron notar la gratitud a Dios y a su siervo de quien se despedían. Fué evocada su figura como la del luchador que antes de caer colocó en manos juveniles la antorcha que su vigoroso puño había sostenido, para que continuaran llevándola e iluminando así el mundo con la verdad del Evangelio.

Merci, trois fois merci, monsieur Besson, dijo en su lengua materna, uno de sus hermanos, para agradecer en nombre de los evangélicos, de los compatriotas y de la misma patria Suiza, los beneficios recibidos por su intermedio. ¡Aquellas palabras pronunciadas con elocuencia sentida, conmovieron profundamente los corazones e hicieron comprender la necesidad de una propia consagración a la causa de la fe!

Caía la tarde cuando depositados ya los restos en la tierra, todos se retiraban de la necrópolis con la sensación del vacío dejado por el que había partido, pero pudiendo recordar la verdad de

las palabras del libro de la Revelación: "Bienaventurados los muertos que de aquí adelante mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, que descansarán de sus trabajos; porque sus obras con ellos siguen". (1)

Y, por fin, las palabras que con la emoción del momento pronunciamos frente a la inerte figura del paladín, podemos repetir las, trasladadas a la frialdad del molde, porque ellas expresan el reconocimiento y la gratitud por tan noble y cristiana vida y la necesidad sentida de aprovechar las instructivas lecciones que de ella se desprenden. Así dijimos entonces, y así repetimos ahora:

"El que salvare la vida la perderá, mas el que pierde la vida por causa de mí y del Evangelio la salvará". Estas palabras de Jesús pueden aplicarse con toda justicia a la vida y a la muerte del pastor don Pablo Besson. A su vida, por cuanto la perdió para sí mismo; no quiso utilizarla para su propio beneficio, guardarla egoísticamente para su provecho, sino que la dió a la causa gloriosa del Evangelio, al bien de los demás, a la sociedad en que actuó. Pueden aplicarse a su muerte, por cuanto si bien perdió su vida física, cayó su cuerpo, obtuvo, en cambio, la verdadera vida; terminó su trayectoria aquí, no para extinguirse, sino para continuarla en el más allá, ya que la muerte significa para el creyente el principio de un eterno e inmarcesible vivir: "Porque sabemos que si la casa terrestre de nuestra habitación se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos".

(1) Cap. 14: 13.

Parodiando el lenguaje del libro de Samuél podríamos decir: ¡Ha caído un valiente! Sí, pero ha caído victoriosamente, ha caído después de haber cumplido una misión y luchando hasta los últimos momentos. Ha caído pero luego de haber bregado fielmente toda su larga y fecunda vida de ochenta y cuatro años de edad. Partió al descanso que no apeteció, pero que le correspondía.

Ha concluído una vida, pero ello no significa una derrota sino una victoria más. El cristianismo de Jesús nos da el poder de vivir victoriosamente, luchar y triunfar, y aun la muerte se transforma en ganancia. Besson frente a la muerte pudo decir como el apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está guardada la corona de justicia". Es posible vivir triunfando sobre las flaquezas, las miserias humanas, el egoísmo, el pecado, y es posible, en Cristo Jesús, aún morir viviendo.

¡Que el poder del Evangelio de Jesús que animó y sostuvo al adalid que ha partido, que hizo de él lo que fué; que el poder que cambió las apreturas de la cárcel de Filipos en cánticos de confianza; que el poder regenerador que del llanto de arrepentimiento hizo brotar cánticos de ángeles; que el poder que transformó el Calvario en mañana de resurrección; que transformó la sangre de los mártires cristianos en semilla de nuevas vidas redimidas; que el poder de Cristo que transformó y utilizó la vida de Pablo Besson, trueque el dolor de este momento en un profundo sentimiento de gratitud a Dios por la obra reali-

zada, y en un incentivo para que sigamos luchando y testificando a favor de la verdad!

Por una vida tan consagrada, por los dones que la adornaron, por el desprendimiento de todo lo que fué suyo, por las almas salvadas, por el consuelo y ánimo desparramados en tantos corazones, por el bien hecho a la sociedad, por su propia vida dada al servicio del Maestro, por el sentimiento profundo de gratitud que debemos a Dios, inclinemos reverentemente nuestra cabeza ante el Altísimo y adoremos. . .

INDICES

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

	<u>Pág.</u>
Pablo Besson a los 70 años	2
Eduardo Besson y Elisa Revel, de Besson	12
Pablo Besson a los 16 años	20
C. Secrétan, F. Godet y F. Bovet	26
F. Delitzsch, C. de Tischendorf y C. E. Luthardt	34
Residencia de la familia Besson en Neuchatel	48
Templo de la calle Estados Unidos 1273	95
Pablo Besson a los 60 años	128
Besson en un rincón de su estudio	142
Besson en la Biblioteca Nacional	146
Margarita Mealley de Besson	163

ESTA OBRA SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EL 29 DE DICIEM-
BRE DE 1933 EN LA
IMPRESA LÓPEZ,
PERÚ 666
BS. AIRES



